

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.
UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de teatros.—Revista de Madrid.—La primavera; poesías de don José Selgas y Carrasco.—Tipos y caracteres de Madrid.—La Estrella del Sud, novela original por don Alejandro Magariños de Cervantes (continuación).—Vistas y paisajes extranjeros.—Don José Nicolás de Azara y Perera.—Historia contemporánea.—Apuntes descriptivos é históricos de un viaje de Madrid á la Rioja.—Mosaico; Efemérides españolas del siglo XIX.—Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Este número lleva quince grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. Lo que principalmente ha ocupado la atención pública en Francia desde nuestra última revista ha sido la circular de Mr. Barthelemy y las manifestaciones de Mr. Larochefjacquelin. Cada cual las considera á su manera, si bien todos han estado de acuerdo viendo en ella un nuevo elemento de division que puede perjudicar mucho á las miras del partido legitimista francés, hondamente dividido ya con este motivo.

Con arreglo á la última ley de imprenta han tenido que sujetarse los periódicos á la disposicion de que aparezcan firmados los artículos en que se trate de política, filosofía ó religion. Cada periódico la ha entendido á su manera poniendo unos la firma entera, otros solo las iniciales, y algunos han creído bastante poner al frente los nombres de sus redactores.

La mision que Mr. Persigni haya llevado á Londres ha sido motivo de que corran diferentes versiones, y conjeturas, por lo cual el gobierno francés ha hecho publicar en el periódico oficial una nota diciendo que el objeto de aquel diplomático era solo cuidar de asuntos puramente personales.

La Dieta de Francfort ha adoptado su resolucion con respecto á los asuntos del electorado de Hesse Cassel; Usando de su soberanía declara que la negativa de pagar las contribuciones es contraria al pacto federal, y escita al gobierno á que proceda inmediatamente al restablecimiento del orden, reservándose el tomar por su parte las medidas que crea convenientes. Enterado el elector de este acuerdo ha contestado que empleará toda su energía y todos sus esfuerzos para restablecer el orden en sus estados. Pero sin embargo, se espera con ansiedad conocer el partido que tomará la Prusia en vista de la actitud de la Dieta, y ya se aseguraba que pensaba aproximar un cuerpo de ejército á las fronteras del Electorado.

La comision permanente de los estados de Cassel se niega á reconocer á la Dieta de Francfort, atendiendo á que ha sido abolida y ninguna ley la ha restablecido; declarando en su consecuencia que toda intervencion de la Dieta en los asuntos interiores del Electorado, será un atentado contra su independencia y seguridad, por cuyo motivo la comision se pone bajo el amparo del derecho de gentes.

El público parece estar dispuesto á secundar á la comision permanente. Como por decreto del elector han quedado privados de sus sueldos todos los funcionarios que no obedezcan estrictamente las órdenes del gobierno, los tenderos de comestibles, propietarios de casas y varias clases de artesanos, han tomado un acuerdo, comprometiéndose á facilitar á los empleados que se encuentren en aquel caso, y mientras duren las circunstancias actuales, lo que necesitan para el sostenimiento diario de sus familias. Si este ofrecimiento es real y efectivo, el gobierno tendrá que acudir á otros medios mas eficaces que los que hasta el dia ha empleado para hacerse respetar.

El gran duque de Mecklemburgo Schwerin tambien está en desacuerdo con el poder parlamentario, que ha creído poderse reunir en determinadas épocas sin necesidad de convocatoria real; pero pensando el gobierno de otro modo ha notificado á los representantes la orden de que regresen á sus casas, lo cual han hecho algunos, lanzando otros una protesta que han publicado los periódicos.

Los daneses ocuparon el 17 las islas de Friso des-

pues de haber echado de aquellos parages la flotilla de los de Holstein. El vapor Kiel y tres lanchas cañoneras sostuvieron con los buques daneses Flora y Geyser un combate, del que tuvieron que retirarse por último los primeros. El 19 estaban delante de Kiel cuatro buques de guerra rusos y dos fragatas danesas con un vapor.

Habian bloqueado los daneses el rio Eider, habiéndose retirado una porcion de buques pertenientes á diferentes naciones, en virtud de una notificacion pasada á los cónsules y demas agentes comerciales de las potencias extranjeras, declarando prohibida la navegacion de aquel rio.

Continúa en Roma el conde Pinelli, y corrian en Turin noticias bastante favorables acerca del éxito de su mision, asegurándose ademas que el marqués de Azeglio deseaba mucho poner término á las lamentables disensiones que median entre aquel gobierno y la Santa Sede. Consecuencia de esto son sin duda los miramientos que empiezan á tenerse con el arzobispo, segun se infiere de lo que dice *La Armonia*, órgano del clero, anunciando que desde el dia 20 de setiembre se permite á monseñor Franson recibir los periódicos, al paso que se le trata con mayores miramientos.

En Alemania continúan siempre en el mismo estado las cuestiones pendientes entre el Austria y la Prusia, á pesar de las diferentes veces que se ha anunciado una próxima avenencia; y en las demas naciones sigue reinando completa paz y tranquilidad.

REVISTA DE MADRID.

Con la entrada del mes de octubre, ha comenzado ya esa lucha que constantemente se trava en esta época del año entre el cielo y la tierra, entre la naturaleza y el hombre, y de la cual, por una rara escepcion otorgada á favor de Madrid, sale al cabo vencedor este último.

Los dias comienzan á acortar; el cielo se nubla y oscurece; pierde la atmósfera su diáfana transparencia; palidecen y se entibian los rayos del sol; despójanse los árboles de su vistoso follage; acrece el frio, comienzan las lluvias; y con las últimas hojas de la flor del vergel, despójanse tambien de sus aéreos trages de verano las bellas hijas del Manzanares.

Entretanto en Madrid se abren cinco teatros; se preparan otros tres; se inauguran las sociedades literarias, científicas y dramáticas; comienzan los bailes; se disponen carreras de caballos; prepáranse los lujosos atavíos del invierno; y se aguardan con impaciencia una multitud de novedades, que habrán de dar larga materia de diversion á los ociosos y de conversacion á los críticos y murmuradores.

Tal y tan invertido suele ser á las veces el orden de las cosas que rodean al hombre, cuya existencia gira al rededor de un gran centro de actividad, que lo separa de su centro natural.

En ninguna ocasion, sin embargo, nos han parecido tan marcadas como en esta esas señales de animacion que se dejan entrever para el invierno cuando principia el otoño. Octubre se inaugura en 1830 de una manera grandiosa y solemne; tras él descubre cada habitante de Madrid, cual otro Cristóbal Colon, un nuevo mundo, una série interminable de goces y de placeres.

Séanos permitido, para justificar nuestra asercion, apuntar desaliadamente los hechos que la comprueban; referir esos sucesos, pasados y futuros, que aunque de todos conocidos, es grato siempre recordar, porque siempre es grato ver risueño y brillante el horizonte de la vida.

No ha mucho tiempo se han inaugurado con los mejores auspicios los cinco teatros que contaba Madrid en la anterior temporada. En todos hay una concurrencia mas ó menos brillante, mas ó menos escogida, segun la predileccion que cada uno merece del público.

Entretanto han continuado funcionando, no sabemos si con gran éxito, pero sí con unas entradas completa-

mente llenas, el circo Ecuestre y el llamado anfiteatro Gimnástico.

Las ferias han continuado durante esta temporada concurridas y alegres; y la charanga del café de Amato ha añadido gratis, en la última quincena de setiembre, un espectáculo mas á los innumerables que ya contaba Madrid.

Los salones se han inaugurado brillantemente con un baile del regio alcázar en celebridad de los dias de S. M. el rey. Poco antes le habia precedido otro baile en casa de la señora de Stopford.

Fuera de estos goces que ya contamos, prepáranse algunos otros, y espéranse inauguraciones que si no sirven precisamente para el recreo comun, redundan en satisfaccion para todos los amantes de las glorias de su pais.

No digamos nada de la apertura del teatro Real, cuyas glorias venideras están cantando á toda hora las cien trompetas de la fama. Pero miremos en derredor suyo y veremos levantarse allí lujosas y elegantes viviendas que pueden dar cómodo albergue á un pueblo entero, y que harán del jardin de Oriente una de las bellas mansiones de la corte de España.

Trasladémosnos á otro punto de la poblacion y veremos tocar á su término un sólido y bien cimentado edificio, que albergará á los representantes del pais, y cuya duracion transmitirá por largo tiempo á las generaciones venideras la memoria del año 1830.

Un poco mas allá veremos alzarse la primera estacion del camino de hierro, que muy en breve enlazará á Madrid con el mas lindo de sus sitios reales, y en derredor de la cual va á ensancharse uno de los paseos mas favorecidos por la aristocracia madrileña.

No nos olvidemos tampoco de la esperada ascension del Eolo que se construye en el convento de Valverde, y tendremos que este sorprendente fenómeno, una vez realizado, completará dignamente el brillante cuadro que nos ofrece en perspectiva el próximo mes de noviembre.

Las ciencias, las letras y las artes no permanecen extrañas á este movimiento general. Con la apertura de los teatros dispónense nuevas producciones dramáticas, entre las cuales las hay muy buenas presentadas y aprobadas en el teatro Español. Dispónense para salir á luz una grande Enciclopedia moderna y una Biblioteca Universal. El número de los periódicos literarios, siempre creciente, llega hoy dia á una suma considerable. Los críticos y los escritores de revistas aparecen de nuevo en la arena; entre estos se cuenta un don Crispin, de un diario político, que con sus nuevos partes telegráficos ha reemplazado al antiguo y conocido Page de Escoba. Las academias ya literarias, ya científicas, ya artísticas, ya dramáticas, ofrecen continuas ocasiones de oír, ya bellos discursos, ya entretidas discusiones, ya acalorados certámenes, ya intrincadas disertaciones, ya en fin los apasionados acentos de declamacion que han hecho célebre á alguno de nuestros aficionados á la escena.

He aqui en un breve resumen los elementos de animacion con que, á parte de su vida exterior y siempre visible, cuenta ahora la sociedad de Madrid. Este, es verdad, no es otra cosa que el anverso de la medalla; ¿pero qué nos importa su reverso, sea cual fuere, si está en nuestro arbitrio mirarla solo por el lado que mas nos agrada?

Es verdad que ni el teatro Español prospera, ni se presenta mas risueño el porvenir de los escritores dramáticos, ni habremos alimentado mas la aficion á los teatros con ocho coliseos que con cuatro, ni la literatura progresa grandemente en medio de tantas publicaciones: es verdad que el palacio de las Cortes se encargará de perpetuar con su costosa solidez sus enormísimos defectos, que el teatro Real no vivirá mas que ha vivido para la gloria otro coliseo favorecido antes por el gobierno, y que el ferro-carril proyectado no es sino un trabajo incompleto en cuanto á su utilidad para el bien material del pais: es verdad tambien que con tanta suma de goces y de espectáculos no se aumenta la verdadera felicidad en proporcion de los dispendios que ellos causan, y que pasada la primera impresion de novedad, se habrá colocado entre las cosas indiferentes, si no entre las olvidadas por com-

pleto. Pero ya lo hemos dicho mas arriba. La medalla nos ofrece ahora el anverso la cara principal, la mas visible, la mas bella; dejemos para mas adelante el reverso, la cara de segundo orden, la mas fea, la que mas dura, por desgracia nuestra.

Preparémosnos, pues, á gozar con la grata perspectiva que por ahora nos ofrecen octubre, noviembre y diciembre: las ferias, que aun duran, el Prado, el Retiro, los teatros, los circos, los gimnasios, los salones, las intrigas amorosas (y aun las políticas) han de darnos algunos ratos de mucho solaz. Si algo de *todo esto* se marchitare cuando soplen en enero las heladas brisas del Guadarrama, entonces (pero solo entonces) consagremos una lágrima á su recuerdo.

Y pues que se acerca ese período de paz y de ventura general, puesto que todos los dispersos nos hemos ya reunido y nos proponemos gozar juntos de las delicias del invierno, séanos también permitido pedir un poco de indulgencia para nuestros hermanos los pollos, á quienes los cofrades periodistas están maltratando sin piedad, sin darles un instante de tregua ni de reposo: los desventurados pollos, á toda hora atacados y perseguidos por la prensa, claman con razon porque se les levante este estado de sitio, que vigila sus pasos, sus acciones y sus intentos; espía sus lances amorosos, y cuenta sus desgraciados percances, y lo que es peor todavía, hace públicas sus calabazas y las aventuras de sus falsos napoleones. Sabemos de buena tinta que si tan tenaz persecucion no cesa por completo, los pollos piensan emigrar al Africa el año próximo cuando se retiren los vencejos; y entonces la despoblacion de Madrid es tan segura como la completa falta de la generacion que va á sucederles. La prensa de 1830 va á echar sobre el reinado de Isabel II un borron igual al que cayó con la expulsion de los judíos en el reinado de la primera Isabel.

Otro ataque se premedita contra el bello sexo, contra el que tambien nos creemos obligados á protestar humildemente: es *cuestión*, en la actualidad,—como dirian nuestros vecinos los franceses,—si las señoras han de ocupar ó no un lugar en las tribunas del nuevo palacio del congreso: la notoria estrechez de este costosísimo edificio parece ser una de las razones en que se fundan los que están por la negativa. Nosotros creemos que en esta cuestion entrará por mucho la varia y desigual condicion—social y moral—de las personas que componen el bello sexo. De todos modos, medítese con un poco de detenimiento este ataque á la belleza. En España, donde la galantería es la cualidad que raya mas alto en el sexo masculino, será mengua que los representantes del pais vengán á desmentirla de un modo tan solemne; será lástima que no merezcan en este concepto, como deben merecerlo en todos, el grato nombre y la honorífica calificación de *buenos españoles*.

J. M. ANTEQUERA.

REVISTA DE TEATROS.

Muy pocas novedades han ocurrido desde que escribimos nuestra última revista. Los teatros siguen, con preferencia á todas, la conducta *lucrativa* de dormir sobre los laureles ganados en otras temporadas. Sabemos que no faltan autores de mérito que han presentado piezas nuevas; pero eso vale lo que hablar á un sordo, ó quererle hacer comprender á un ciego las bellezas de la pintura.

En el *Español* se han vuelto á poner en escena el drama *Don Francisco de Quevedo*, original del señor don Eulogio Florentino Sanz, y *Las travesuras de Juana*, comedia escrita por los señores Doncel y Valladares. Ambas composiciones están hace tiempo juzgadas por la prensa y por el público: sobre la ejecucion, diremos que el señor Valero nos pareció admirable en todas las situaciones del drama en que el carácter del primero de nuestros escritores satíricos lleva el sello de la época en que figuró: papel bien estudiado y meditado, maneras propias, toques maestros, expresion oportuna, y, lo que es mas difícil, espontánea.

La señora La Madrid (doña Bárbara) y el señor Pizarroso compartieron los aplausos con que acogió el público la ejecucion de este drama.

Las *Travesuras de Juana*, á pesar de su trama inverosímil, no han dejado de entretener á los espectadores. La escena del primer acto, en que Elvira y su amante se despiden, nos recordó instantáneamente la que Shakspeare puso en los labios de Romeo y Julieta, como que parece á veces una traduccion de ella. La señora Noriega desempeñó con soltura su papel, si bien los que han visto á la Perez dicen que le falta mucho á aquella para alcanzar á esta en perfeccion. Notamos en el señor Osorio la misma escasez de sentimiento que en el Nemours de Luis XI. Los señores

Pizarroso y Calvo agradaron, como siempre, aunque el último violentó algun tanto su papel.

La noche del jueves nos proporcionó el teatro Español el placer de oír al profesor de violin señor Bertoloni. Su ejecucion es limpia; su afinacion perfecta; pero hubiéramos querido que cantase mas y con mas brillo. Es verdad que lo extenso del local perjudicó no poco al instrumentista.

Por fin se nos ofrece en el mismo teatro la novedad del drama, original de los señores Gutierrez y Asquerino, titulado *El Tesorero del Rey*. Le deseamos buena suerte, y á su tiempo daremos de él razon á nuestros lectores.

Pasando del *Español* al *Instituto*, dejaremos á un lado, pues no merecen otra cosa, las *Ferías de Madrid*, y hablaremos de la admirable ejecucion del señor Arjona en el *Si de las Niñas*, en esa comedia-modelo, orgullo del teatro español y desesperacion de los escritores dramáticos. No es nuestro intento agraviar á nadie; pero, en nuestro juicio, no es posible que haya entre todos nuestros actores uno solo capaz de aventajar en perfeccion al señor Arjona en el papel del don Diego de la inimitable comedia de Moratin. Ni una sola vez le vimos abandonar el carácter conveniente á la edad del personaje que representaba; y hubo en él movimientos que por sí solos y sin necesidad de la palabra, arrancaron mas de una vez espontáneos aplausos.

Después del señor Arjona debemos hacer mencion de la señorita Samaniego, cuyos finos y delicados modales son tan apreciados del público. Los demas actores pusieron de su parte cuanto les fué dable para que el cuadro estuviese completo.

Observaremos de paso que el *Instituto* ó sea *teatro de la Comedia*, merece una reparacion: los asientos están tan *desvencijados* como las sillas del meson de Guadalajara que nos describe Moratin. Es lástima que sus dotes exteriores no correspondan á la compañía que posee, y de la que forman parte actores como la señorita Samaniego, y los señores Arjona y Dardalla.

Felizmente sabemos que este, después de haber dado pasos—ineficaces por cierto,—para que el dueño del local le ayudase en la reparacion del coliseo, conociendo la imperiosa necesidad de una reforma, ha emprendido la obra por su cuenta y ha hecho desembolsos de importancia en beneficio de un público que con tanta constancia le favorece. El teatro adquiere ochenta localidades mas, sin alteracion de las que existen actualmente; los palcos se están retocando de blanco y dorado; las butacas y las lunetas se forrarán de nuevo; y así el coliseo de la calle de las Urosas quedará digno de los espectadores que le honran con su asistencia.

El teatro de *Variedades* continúa atrayendo un público numeroso. El *Memorialista* y la zarzuela *Tramoya* son siempre favorecidos, sin duda á causa de la hilaridad que escita aquel y de la buena ejecucion en esta del señor Salas. Después ha vuelto á poner en escena el *Duende*; y prepara la segunda parte del *Duende*. Nosotros desearíamos que ese lindo teatro no se sacrificase tanto á las zarzuelas; comedias, buenas comedias, esto quisieramos ver representar en él; y mas cuando los señores Catalina, la señorita Rizo y el señor Aznar, forman un cuadro cómico de tan aventajadas proporciones.

El teatro del *Drama*, después de su mal estreno con la *Guerra de las mugeres*, nos dió *Fortuna contra fortuna*, original del señor Rubí. Esto ya es diferente. ¿Pero por qué no pone en escena el señor Lombía alguna de esas piezas en que tan buen actor sabe mostrarse? ¿Por qué el público que concurre al coliseo de la calle de Valverde no ha logrado ver aun en las tablas al señor Lombía? Creemos que eso seria muy conveniente y lucrativo para la empresa de los Basilio; mas, mucho mas que dramas en diez cuadros, costosos de suyo y que fatigan en vez de deleitar. Si por acaso es el mal estado de salud del señor Lombía,—como nos han asegurado recientemente—lo que impide que se ponga en escena al frente de su compañía dramática, sinceramente deploramos la causa que nos priva del placer de escucharlo.

El teatro de la Opera no ha ofrecido novedad alguna desde nuestro último artículo. Ronconi ha seguido arrancando aplausos en *Maria Rohan*. Se ha ajustado de bajo al señor Miralls; y se ha hablado mucho de la contrata de la célebre Alboni. Los periódicos han continuado murmurando contra los asientos, decoraciones, que han dado en llamar *antidiluvianas*, coros y orquesta del Circo. Sin embargo, los espectadores acuden siempre en gran número, mal que les pese á los periodistas. ¿Por quién quedará al cabo la victoria?

J. P. S.

LA PRIMAVERA.

POESIAS DE DON JOSE SELGAS Y CARRASCO.

Muchos de mis amados lectores presumirán al ver el epígrafe de este artículo que se trata de una crítica literaria. Algunos demasiado impacientes ó curiosos querrán saber con anticipacion el nombre del que lo suscribe, y estos acostumbrados á ver al crítico en perpétuo consorcio con la señora Némesis, empezarán á creer que lo que juzgaban crítica se presenta con graves síntomas de sátira. Pero yo, á fuer de hombre sencillo, como que todavía no he sabido desecher ciertos hábitos de cuando fui *paleta*, y no queriendo dar á estas líneas el aliciente del interés dramático voy desde luego á desvanecer todas las dudas anunciando el objeto, resumen ó síntesis de este artículo, que se reduce á tributar un justo elogio á las poesías debidas al talento de don José Selgas y Carrasco, ó lo que es igual, al talento de don José Selgas y Carrasco que ha producido tan bellas poesías.

Solo una vez he tenido el gusto de hablar al señor Selgas, el cual en mi concepto ha hecho de sí un magnífico retrato en su brillante apólogo de la *modestia*; pero por muy modesto que sea el señor Selgas, bien puede envanecerse de poseer en alto grado el don de la novedad puesto que con su aparicion en la arena literaria ha dado lugar á dos acontecimientos á cual mas extraños en la época presente: uno la vindicacion de la musa española que si algun canto podia ya ofrecernos era el de sus propios funerales, y otro el arrancar al hijo de mi padre un elogio, lo que en efecto, tiene indicios de un verdadero fenómeno. Hago voluntariamente esta confesion sintiendo en el alma que no vaya acompañada del propósito de la enmienda; porque como es tan difícil contemplar hoy á nuestra amada patria sin hallar motivos para disculpar el crimen de Chama, puede decirse con verdad que el crítico mas concienzudo, el pintor mas fiel de la sociedad actual, es el que mas epigramas produce. No se dirá que no sé lisonjear mi vanidad de poeta satírico.

Permítaseme ahora para legitimar lo que llevo dicho, presentar un ligero bosquejo de la España moderna bajo los tres puntos de vista, científico, artístico y literario, lo que podrá destruir muchas ridículas ilusiones de mal entendido patriotismo, sin que nos sirva de consuelo la vulgaridad generalmente admitida de que los españoles no producimos grandes obras por falta de proteccion. No por cierto. No estriba nuestra decadencia científica, literaria y artística en la falta de proteccion: no consiste tampoco en que carezcamos de recipiente, como diria un químico. Nuestra decadencia, que puede ya llamarse postracion, nace, á mi modo de ver, de varias causas, de las cuales solo apuntaré dos, porque no es cosa de pulverizar en un solo día todas las monstruosidades en que algunos de mis compatriotas fundan todo lo que tiene de enfático nuestro orgullo nacional. La primera de dichas causas está en el pésimo sistema de instruccion que siempre hemos tenido, y que gracias á la intencion ó pericia de los que dirigen el teclado, promete hacer de nosotros valiéndome de una feliz expresion de Victor Hugo, la segunda torre de Babel del género humano. En este punto, caminamos con tal rapidez, pero tan en oposicion á la sabiduría, que el mas señalado individuo de las academias de Francia, Inglaterra ó Alemania, se volveria estúpido solo con obligarle á frecuentar durante seis meses nuestras universidades. La segunda causa de hallarnos tan atrasados, es precisamente el creer que estamos muy adelantados. No conozco entre nosotros un solo naturalista que no se juzgue un Buffon, ni un jurisconsulto que pudiera resignarse á trocar su nombre por el de Montesquieu, ni un autor dramático que no crea haber sobrepasado á Dumas, ni un pintor que se humille ante las obras de Rafael, ni un cabo de escuadra que no escuche ó lea con desdeñosa indiferencia las hazañas de Alejandro y las campañas de Napoleon. Duro es decirlo, y sé muy bien que los que en estos renglones se vean retratados, me volverán las tornas tomando el acento de la verdad por un desenfado de refinado orgullo. De todo tiene la viña del Señor; confieso mi pecado y tampoco en esta ocasion prometo enmendarme, porque seria una sandez de á folio andar con los pies desnudos, donde hasta los gatos quieren zapatos. Tambien Diógenes tenia su cacho de vanidad en pisotear la vanidad de Platon.

La verdad es amarga, y como decia Quevedo, precisamente quiero echarla de la boca porque es amarga. Si fuera dulce la emplearía solo en recrear mi paladar y no diria que desempeñamos ante la Europa culta el papel que hacen á nuestros ojos los finchados portugueses. ¡Ello es triste! ¡eruel! ¡desgarrador! Pero la imparcialidad exige que nos comparemos á los habitantes de ese celemin de tierra incrustado en nuestra península, los cuales, entre otras barbaridades, dicen, y no por pura baladronada sino porque tal es su profunda conviccion, que la marina británica casi puede competir con la portuguesa. Podria corroborar lo que llevo manifestado con muchas declamaciones de las que diariamente llenan las columnas de nuestros periódicos, pero no quiero detenerme demasiado, pues para mi propósito basta presentar una causa real de nuestro abandono, cual es la persuasion en que estamos de nuestro soberano dominio en el campo de la inteligencia. Es claro: si todo lo sabemos ¿qué nos queda que aprender? Estudien los extranjeros si quieren saber algo, que nosotros los españo-

les harto haremos con estudiar nuestras propias obras, preciosas minas que encierran tesoros inmensos; aunque tan ocultos que bien puede darse el título de zahorí al que tenga la fortuna de tropezar con un filón.

Tal es, amados lectores míos, el bosquejo, aunque incompleto, del cuadro de nuestra situación científica, cuadro que afecta á mi imaginación de una manera tan lúgubre como el *Cuadro del hambre*. Pero voy á dar un par de pinceladas aun, para hacer resaltar cuanto sea posible algunos efectos de claro-oscuro. Figuraos en primer término un montón ó grupo de médicos que hacen encarnizada guerra á la homeopatía sin conocerla, sin siquiera haber leído el *Organon* de Hahnemann, fundador de esta nueva escuela, y de quien todo lo mas saben que siendo viejo adoptó para rejuvenecerse el principio de *contraria contrariis* casándose con una muchacha muy bonita, razón poderosa para que muchos rechacen el *similia similibus* en que descansa la verdadera ciencia de curar. Este argumento es perverso, pero no son tan buenos los que usan para negar la lógica base del *dinamismo vital*, el prudente y sabio sistema de la *experimentación pura*, y sobre todo la eficacia de las *dosis infinitesimales*, que es el caballo de batalla de los que no ven mas allá de sus narices, y á quienes la naturaleza, tuvo el capricho de hacer chatos. Contemplad á la derecha, que es el lugar de los escogidos, el enjambre de mentecatos abrumados de títulos y borlas, muchos de los cuales no solo ignoran sino que son incapaces de aprender lo mismo que tratan de enseñar, y los restantes saben tan poco que ni siquiera saben como han logrado obtener sus borlas y sus títulos. Considerad á la izquierda, que hasta el lado indica lo siniestro del asunto, esa abundante biblioteca de las obras recomendadas por el gobierno á los establecimientos de educación, obras que tendrían su mérito si conforme se han escrito y recomendado con intención sana se hubieran recomendado y escrito con el propósito fin de mantener al pueblo en el embrutecimiento. Doy licencia á cualquiera para que prosiga el examen de mi cuadro, convencido de que será difícil hallar un detalle que no esté en perfecta armonía con el conjunto. Y sin embargo, lectores míos, aquí donde tan escasamente se ha hecho sentir el progreso del siglo XIX de la era cristiana, que parece el año decimo noveno de la civilización, las empresas de nuestros pretendidos sabios son como las cantidades que no tienen raíz exacta, á las cuales dan los matemáticos las denominaciones de *incomensurables* é *irracionales*. Esto último tiene su explicación.

En otros países donde se sabe mucho, solo se ocupan los inteligentes en dar el impulso y empleo oportunos al vapor y demas agentes que han venido á suplir á los brazos del hombre, estériles con arreglo á las necesidades de la época, en todos los ramos de la mecánica industrial; en hacer mas fácil, seguro y económico el uso de la navegación, en mejorar el de los ferro-carriles empleando motores que no es necesario rebuscar en las tenebrosas regiones del incógnito, sino que naturalmente se desprenden de los conocimientos adquiridos; para decirlo de una vez, en perfeccionar lo conocido sacando el posible fruto de sus prudentes aplicaciones.

Aquí donde se sabe muy poco, somos ferozmente ambiciosos, aspiramos nada menos que á la cuadratura del círculo, al movimiento continuo, á la navegación aereostática, y como si lo dicho no fuera suficiente para ponernos en berlina, hará cosa de dos meses que uno de nuestros compatriotas tuvo la divina ocurrencia de aplicar la electricidad á la agricultura, cosa que no hubiera imaginado nunca el que asó la manteca. Pero ya creo oír un murmullo de reprobación general, y á pesar de las seguridades que me dan mi calma característica y mi indomable conciencia, hieren profundamente mi susceptibilidad los gritos de «¡Mal español, mal patriota! no es ciencia, no, lo que nos falta, sino protección.» ¡Ah! digo yo, amada patria mía! No te echo yo en cara tus miserias por avergonzarte, sino porque trates de remediarlas. Mira tu desnudez, convéncete de tu infortunio, y persuádate de que solo con la aplicación y el trabajo podrás engalanarte y ser algun día la mas puerpuesita y gentil matrona del universo! ¡Protección! Esta palabra me horripila, porque siempre ha sido un sinónimo de tiranía en manos de los gobernantes, y en cuanto á la protección que el talento puede prometerse de los particulares, poco me es lícito esperar donde jamás han merecido los sabios los obsequios que se tributan á los toreros!

Pero no es verdad: no pueden quejarse nuestros ingenios de que les falta protección; al contrario, los capitalistas españoles están siempre dispuestos á cualquier sacrificio que tenga por objeto la realización de un pensamiento atrevido, y cuanto mas atrevido sea el pensamiento, y por consiguiente mas difícil su realización, menos escasearán los recursos pecuniarios. Podrá suceder que uno de nuestros artistas ó literatos carezca de medios para enriquecer nuestros museos ó nuestras bibliotecas con un buen cuadro ó con un buen libro; pero nunca faltará la cooperación del capital á nuestros ingenios mecánicos, sobre todo, siempre que conciben algun proyecto que raye en lo imposible. En prueba de ello podría citar muchas obras útiles, que como algunas representaciones de teatro, se han suspendido por indisposición del público, y apostaría la cabeza á que de todas partes chorreaban suscripciones si se anunciaran empresas tan absurdas

como v. gr., convertir el pedernal en salchichon, abrir un camino subterráneo desde Madrid al cabo de Buena-Esperanza, trasladar á Castilla la Nueva el monte Chimborazo, ó poner unas cortinillas en la puerta del Sol, suspendiéndolas de los anillos de Saturno. ¿Y se dirá todavía que carecemos de protección? Lo que yo digo es que en Francia y en Inglaterra habria sido punto menos que imposible hallar una peseta para Mr. Daguerre y el capitán Warner, si estos no hubieran dado la prueba de paso que anunciaron, el uno su importantísimo y ya popular método de fijar los objetos en una plancha por medio de la luz, y el otro su diabólico, aunque no menos ingenioso descubrimiento de la bomba invisible.

Todo lo contrario sucede en España: basta ver aquí anunciado, como llevo dicho, un proyecto-monstruo para que lo demos por hecho, sin asesorarnos mas que de nuestro buen deseo y sin otros antecedentes que el alto concepto que hemos tenido la modestia de formar de nuestras privilegiadas facultades. Por los años 43 ó 44, que no me da el naipe para esto de recordar fechas, se prodigaron recompensas oficiales á un personaje que no dió la demostración, pero que suponía haber resuelto el gran problema de la cuadratura. Diciendo esto creo haber dicho lo bastante, á no ser que haya empeño en que agregue mi voz al coro general de los que dicen ¡viva la protección! Si señores ¡viva la protección! y sobre todo cuando recae en favor de tan originales ingenios. ¿Queréis que continúe dando iguales muestras de docilidad? Pues no tengo inconveniente, y para ello os diré que hará cosa de tres ó cuatro meses se anunció el descubrimiento del movimiento continuo. (Por de contado es el cuarto ó quinto anuncio de este género que por distintas personas se ha dado á luz en España desde el pronunciamiento de 1843.) Supe que el autor de semejante descubrimiento era un tonto y no podía ser otra cosa porque solo los tontos se dedican en el mundo á hacer tonterías. Pero puedo añadir que este tonto debía calzar muchos puntos en la escala de los que siguen su profesión, porque entre los muchos disparates que de él podría citar, mencionaré uno que pueda calificarse de vandálico y horrendo en quien tiene tan gigantescas pretensiones. Consiste la gracia en que para trazar una circunferencia igual á la de un círculo dado, tomase por radio el diámetro de este. ¿Qué habia de suceder? La segunda circunferencia salió mucho mayor que la primera, lo que causó gran sorpresa al improvisado geómetra. Pues he aquí uno de los grandes mecánicos encargados de vindicar á la nación española dando á la imbecil Europa un meneo de movimiento continuo en los hocicos, y debo añadir que para lograr tan elevados fines, este desventurado tuvo el apoyo de un capitalista cuyo nombre daré á luz si fuera necesario. Ahora, ya que he contraído la obligación de entusiasmarme sin fundamento, debo esclamar, y esclamo desde luego con toda la energía del frenesí. ¡Viva la protección! ¡viva!!! y sobre todo cuando recae en favor de tan originales ingenios.

Deberia para terminar el cuadro de nuestra situación científica, decir algo del célebre Eolo del señor Montemayor. Pero sobre este punto prefiero callar, porque habiendo tenido el gusto de ver los trabajos y oír las explicaciones de este señor tan digno de estimación por su carácter como respetable por sus conocimientos, no quiero decir una palabra que pudiera entibiar su fé cualesquiera que sean mis opiniones respecto á las dificultades de su empresa. Sin embargo, tengo el deber de consignar aquí un hecho, y es que el señor Montemayor ha obtenido para llevar á cabo sus planes la *protección* de varios capitalistas, por lo cual y por haberse dado á su pensamiento tanta publicidad dentro y fuera de España, pesa sobre dicho señor una inmensa responsabilidad, como que del resultado de sus trabajos pende que seamos durante muchos años la irrisión de Europa ó que podamos borrar en todas las naciones el recuerdo de nuestros pasados y presentes delirios.

Vamos á las artes. ¡Pero qué artes! Aquellos de mis lectores que hayan asistido este año á la exposición de pinturas comprenderán toda la aflicción que sufro en este instante. Son dignos de elogio el retrato de la reina, hecho por don Federico Madrazo, y el del general Narvaez, última obra de nuestro inolvidable don Vicente Lopez. Merecen especial mención los bellísimos cuadros del inspirado Villamil, y sobre todo el que representa la ciudad de Jerusalem, que es una de las obras mas notables de nuestros días; y en fin, me faltan palabras para encarecer el mérito del cuadro que figura una corrida de novillos, aunque este cuadro no es para envanecer á los españoles, porque es obra de un francés, cuyo nombre siento no recordar en este momento. Pero aparte de lo que dejo apuntado, prescindiendo de los magníficos retratos que de algunos de nuestros poetas ha hecho el acreditado miniaturista don Gerónimo Muñoz, y de cuatro ó seis cuadros mas que no pasan de una triste medianía, dígame si la exposición en todo lo demas no es una calamidad pública, una recopilación de panderetas y abanicos de novia, un conjunto de mamarrachos que se hubieran avergonzado de presentar á Hernán Cortés los salvajes intérpretes de Motezuma. ¿Consistirá esto en que no hay protección? Probablemente consistirá en que no hay artistas.

Mucho tiempo hace, amados lectores, que los españoles andamos de ceca en meca, ó de mal en peor, como suele decirse. Esto es lo que á mi me está sucediendo. He tenido que hablar de nuestras artes des-

pues de haberme ocupado de nuestras ciencias, y tengo ahora que decir algo de nuestras letras despues de lo que llevo dicho de nuestras artes. Pero no hay remedio, y puesto que no hay remedio voy á manifestar cual es el estado de nuestra literatura á la aparición del apreciable poeta don José Selgas, á quien dedico este pobre trabajo y de quien nos íbamos olvidando involuntariamente.

¡Nuestra literatura! Veamos. La novela no existe entre nosotros. La poesía lírica quiere existir y no puede. La literatura dramática nos haría mucho favor dando menos señales de vida. No me detendré á hablar de la novela, porque ya he dicho que no existe, y yo nunca malgasto mi tiempo en pró ni en contra de entes imaginarios. Diré solo de la poesía lírica que ha perdido en solidez mas de lo que ha ganado en volúmen, pues si bien es verdad que desde la llamada restauración de nuestras leyes fundamentales podríamos trazar un círculo máximo alrededor del mundo empalmando los versos que hemos producido, también lo es que si desechamos todos los versos retorcidos, mal configurados, endebles ó quebradizos, difícilmente quedaria cuerda para la campanilla de un cuarto entresuelo. Esto por lo que dice relación á la forma, que si despues tendemos una mirada al fondo no podremos menos de esclamar como cuando vemos á un hombre de elevada estatura huir de una lagartija: ¡Oh! ¡Quién diria que dentro de tanta materia rebullia tan poco espíritu!!! Efectivamente, nuestra poesía lírica tan hinchada, tan ampulosa, tan bachillera y tan superficial, delirando cuando quiere discurrir, aullando cuando quiere cantar, y hablando la mayor parte del tiempo sin saber lo que dice, suponiéndola capaz de decir algo, parece una pobre criatura de origen entre gótico y árabe, con una facha mas bien bárbara que atlética y un acento menos meridional que fanfarrón. En una palabra, nuestra poesía lírica es hermana carnal de nuestra poesía dramática; solo que esta última tiene para merecer menos que la primera las desventajas de ser mas fea, mas desgarrada, mas pobre, mas necia y mas vanidosa. Pero este es asunto que pienso tocar por separado; porque exige una série de artículos, y creo haber abusado ya mucho de la paciencia de mis lectores, á quienes habia ofrecido el examen de un tomo de poesías, y cuyas esperanzas dejo por hoy burladas, para que se vea que yo mismo, aun preciándome de conocer nuestros defectos, participo de la incoherencia inherente al desbarajuste intelectual en que vivimos. Voy, pues, para concluir este artículo á decir que si no estamos mas adelantados en literatura que en las artes y ciencias, tampoco es efecto de la falta de protección sino de las mismas causas á que en mi concepto se debe nuestra general decadencia. Pocas veces los poetas españoles han obtenido las consideraciones, honores y lisonjas que en nuestros días, y pocas veces quizá semejantes lisonjas, honores y consideraciones se han repartido mas indignamente. Pero ya he manifestado que no quiero por hoy insistir en este particular, pues me basta haber dado un ligero bosquejo de nuestra situación, y principalmente de nuestra literatura, que es lo que mas relación tiene con el objeto que me ha decidido á tomar la pluma, á la aparición del joven don José Selgas, en quien reconozco algo mas que las apreciables prendas de un poeta lírico, pues aparte de su rica imaginación, su ternura infantil y su gala unida á la sencillez de las formas, descubro en él un hombre pensador, un filósofo, lo que no es muy común en estos tiempos.

Restáanos decir que este nuevo vate ha tenido también su Mecenaz. El joven Selgas ha vivido ignorado hasta aquí en un rincón de nuestras provincias, y probablemente por su falta de recursos y su modestia hubiera acabado sus días en el olvido á no haber logrado la protección del señor conde de San Luis, á quien se debe la publicación del tomo que me ha inspirado estos renglones, y á quien en adelante deberá el parnaso español lo mucho que del señor Selgas esperan los amantes de las musas. Debo aplaudir, no solo la generosidad del conde, sino su buen criterio, su buen gusto, su acertada elección, porque desgraciadamente en nuestros días, en que tan poco abundan los verdaderos ingenios, es bastante raro, y muy digno de alabanza, por lo tanto, el hombre que tiene el talento de comprenderlos y el mérito de alentarlos. El señor conde de San Luis y el señor Selgas comprenderán toda la sinceridad de mis elogios: el primero, aunque poderoso, porque sabe bien el abismo que separa á un ministro moderado de un escritor demócrata, incapaz de faltar á los deberes que una bandera impone al hombre de honor que la tremola, y el señor Selgas, porque no se halla en posición de ofrecer otra cosa que un buen afecto á su admirador y amigo

J. MARTINEZ VILLERGA.

TIPOS Y CARACTERES DE MADRID.

LOS BIENAVENTURADOS.

Adonde quiera que nos lleve en sus incesantes vaivenes el confuso oleaje de la vida, difícilmente dejaremos de presentarse por todas partes á nuestros ojos un sin número de contrastes, que ya escitan nuestra risa, ya nuestro llanto, ya contemplamos con dolor y estremecimiento del alma, ya miramos con la mas completa indiferencia, sino con absoluto desprecio.



El heredero rico.

El curso de la vida cortesana nos tiene acostumbrados á ver el palacio del magnate junto á la choza del mendigo; el lujo y la magnificencia del rico junto á la miseria y los harapos del pobre; la alegría del que amontona fortuna y honores, junto á la postración del que desfallece oscuro y abandonado; la algazara del baile y del festin, junto á las lágrimas del duelo y del luto. El rico y el pobre, el grande y el pequeño, el personaje y el hombre oscuro, el alegre y el triste, todos viven quizá bajo un mismo techo ó de seguro en una misma manzana de casas, en la extensión necesaria para verse y oírse recíprocamente: todos se codean, se cruzan y se ven á toda hora por espacio de muchos años, sin variar jamás de posición, sin dejar de hacer nunca el contraste; sin que el rico dé al pobre, ni el magnate ayude al hombre oscuro, ni el alegre haga por consolar al triste: y todos se respetan mutuamente, y hasta se han acostumbrado ya á contemplar sin asombro la enorme distancia que los separa unos de otros.

¿Y qué sería de la sociedad si hoy dejasen de existir en ella todas esas desigualdades? ¿Qué sería de los pobres, de los que viven del trabajo, el día en que no hubiese poderosos ni magnates? ¿Qué sería de todos en general el día en que no hubiese pobres ni jornaleros, en que nadie quisiese trabajar para el sustento de los demás y el suyo propio?

Esto es sin duda lo que hace mirar, no solo con respeto, sino hasta con absoluta indiferencia, esas enormes distancias de posición y de fortuna que separan á los hombres en sociedad: lo que hace presenciar con ánimo impassible que se arrojen esquisitos manjares en la casa del magnate el mismo día en que el infeliz artesano, su vecino, no tiene pan para alimentar á su desgraciada familia: y que se derrochen y malgasten en casa del potentado algunos millones



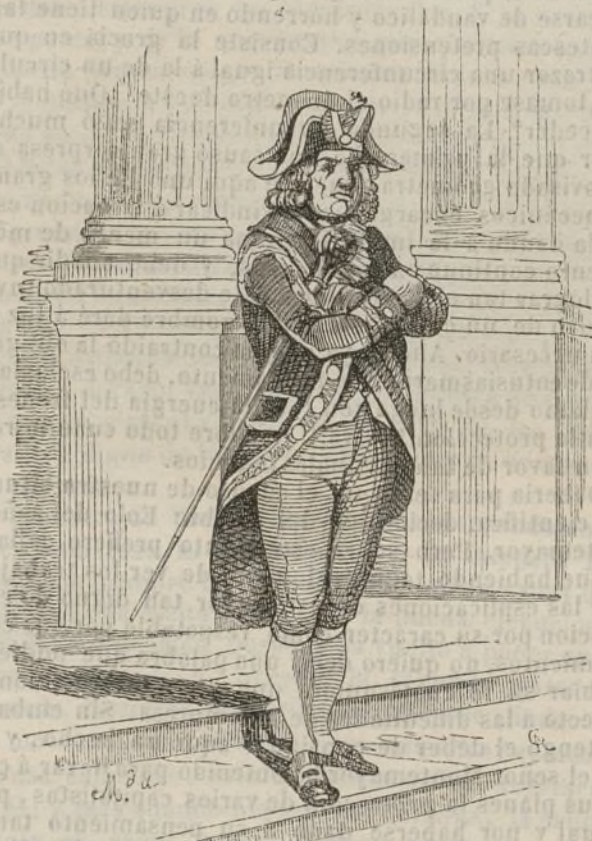
El administrador de una posesion real.

que bastarian á mantener doscientas familias necesitadas.

Pero si el pobre mira con respeto los tesoros del rico, y el miserable lleva con paciencia que el magnate ostente cerca de él su espléndida fortuna: si entre las clases menesterosas hay la resignación suficiente para ver al noble haciendo alarde de las riquezas que le legaron sus predecesores, y al alto personaje disfrutando de la envidiable posición que conquistó por sus méritos y su esclarecido ingenio: si hay en fin, de parte de todos la conformidad necesaria para que cada cual sea en la sociedad lo que debe ser y lo que está llamado á ser; el público no ve nunca con paciencia una diferencia harto comun entre las personas que están llamadas á vivir del trabajo: á saber: que mientras los unos se afanan y derraman copiosos sudores por ganar su sustento, otros, sin mas requisitos que los anteriores, hayan encontrado el modo de pasar una vida muelle, cómoda y regalada, que no les daban derecho á esperar sus antecedentes ni sus méritos personales.

¿Y hay por ventura en Madrid, dirán quizá mis lectores, algunos de esos bienaventurados, que habiendo nacido para vivir del trabajo, han logrado vivir sin trabajar?—Hay infinitos de esos seres bienaventurados, lectores míos; y el enseñaros algunos de ellos es lo que precisa y únicamente me proponia al escribir este artículo.

¿Veis ese apuesto jóven de treinta y seis años, de cabellos largos, espeso bigote, gaban abotonado y sombrero de alas remangadas? Pues hace veinte y seis años que su padre formaba parte de la



El ayuda de cámara jubilado.

sociedad asturiana que se reúne en Puerta Cerrada; y él iba á la escuela sin zapatos. Poco despues trocó el padre la cuerda por el saco de cambiante: de cambiante pasó á corredor, de aquí á dependiente, y luego á sôcio de una gran casa de comercio: há un año que murió; y su hijo, que debió reemplazar á su padre en el cargo de llevar la cuba, se hace llevar en dos magníficos carruages, que mantiene con seis mil duros de renta que le dejó el difunto; es verdad que él no gasta seis, sino doce, porque tiene una lujosa habitación, mesa de estado, abono en todos los teatros, innumerables amigas y no pocos amigos, en cuya amable sociedad pierde algunas onzas al juego; pero si al fin y á la postre es él un heredero rico, que se ha encontrado un inmenso caudal sin saber de dónde le ha venido; ¿qué le importa triunfar y derrochar sin tasa ni medida?

De alguna mas edad es don Paneracio, el apoderado general del marqués de R.; pero no de mas claros orígenes. Siendo procurador sin pleitos, y con mas trampas que dias tiene el año, hubo de proporcionarle cierto amigo un poder para gestionar en un asunto del marqués, y entonces comenzó á conocerlo. Para socorrer sus necesidades dábale el marqués á copiar cuentas de la casa, y poco á poco se fué apegando á ella como la enredadera al árbol, de tal suerte que á fuerza de no tener otro mas cerca á todas horas, el marqués le nombró su apoderado general con veinte y cuatro mil reales de sueldo. El dice que los aprovechamientos (porque es hombre muy aprovechado) valen otros veinte y seis mil; con lo que reúne sueldo de Director de rentas y coche. Otro de la catadura de don Paneracio hubiera concluido por dar vueltas á una



El apoderado general de un grande.

noria: él hace que todo el mundo dé vueltas en derredor suyo, sin que él se mueva para cosa alguna.

Veán vds. al ayuda de cámara del duque de S.... Cuando jóven todo su trabajo estaba reducido á ayudar á vestir á S. E. Ahora, que es viejo ¿saben vds. lo que hace para descansar de tantos trabajos? Se planta el uniforme desde que se levanta de la cama y se pasea en la antecámara del duque de arriba abajo, de abajo arriba, de izquierda á derecha, y de derecha á izquierda. Hace una cortesía á cada uno que entra y sale, y tiene de retribución por este trabajo una onza mensual, casa, mesa, cama y luz, sin gasto de ropa, porque siempre lleva los uniformes de servicio del duque. Este pedazo de alcornoque, que apenas sabe leer y escribir y vino al mundo pobre y desnudo, nació para pasar trabajos y Dios le enseñó el camino de la bienaventuranza.

Pues no es mas avisado que él don Crisanto, el administrador de la real posesion de X. De chico era tan torpe, que toda su educación hubo de reducirse á leer, escribir y contar: entró de meritorio en una oficina y allí vegetó treinta años, hasta que la oficina entera sucumbió en un vaiven de arreglos y desarreglos. Por fortuna don Crisanto contrajo en sus tiempos íntima amistad con el general Z., sin otros méritos que los de asistir todas las noches á su tertulia por espacio de los consabidos treinta años: que hiciese frío, que hiciese calor, que nevase ó diluviase, que hubiese gente ó no la hubiese, que se celebrasen bailes ó se llorasen duelos, don Crisanto no faltó á casa del general ni una sola de las diez mil novecientas cincuenta noches que comprenden los treinta años, porque aun cuando el general salia de Madrid, daba, como decia él, una vueltecita por la casa, á ver si se habían llevado algo. El general era ministro cuando don Cri-



El coheero de un marqués



La viuda del coronel.

santo quedó cesante; y teniendo en cuenta que sabía leer y escribir, lo hizo nombrar administrador de una posesión real.

Mas abajo verán vds. asomar las espaldas de un descendiente de don Pelayo: gordo y rollizo, si los hay; animal, como pocos: su entendimiento no alcanza mas allá de sus narices. De muchacho entró a servir en casa de un título, donde trabajaron tres años en desasnarlo: y su tendencia a asimilarse era tan fuerte, que a nada le cobró tanta afición como a la cuadra de su amo: los caballos eran sus mas íntimos amigos; con ellos comunicaba sus penas; y en cambio les cuidaba y aseaba con un esmero particular: esta afición le valió mas tarde el puesto de lacayo, y en diez años de lacayo también aprendió a ser cochero; de suerte que su entendimiento, que antes no alcanzaba mas allá de sus narices, creció hasta el punto de alcanzar a las narices de los caballos. Hoy día tiene este animal bipedo diez reales diarios, libres de todo gasto, y no pasea sino en coche, a las mismas horas que lo hace su amo: de suerte que este desgraciado mozo, en vez de tirar todo el día de un azadon,—que no merece mas,—disfruta un buen sueldo por el trabajo de pasear en coche.

Doña Rita, la viuda del coronel, era hace veinte años una muchachota robusta y fresca, hija de una pobre muger que vivía en el pueblo de N. Coser, planchar, barrer, fregar platos y limpiar los suelos eran sus habituales trabajos: su educación no conocía otros adornos fuera de estos, y a este estado debió vivir constantemente reducida, si es que no acababa con ella la miseria, porque su pobre madre iba cada día de mas a menos. Pero tuvo su madre un señor coronel hospedado por espacio de dos años, y tan buenas trazas se dió a servirle la muchacha, que al cabo hubo él de convencerse de que le venía bien para esposa. El coronel murió cuando contaba treinta años de servicio, y tenía atrasadas ochenta pagas mensuales

de 90 duros. Doña Rita solo cobra una cada tres meses, de suerte que disfruta un duro diario de renta para ella sola, porque el difunto no le dejó sucesión; y tiene asegurada su subsistencia para veinte y cinco años, sin hacer otra cosa que comer, dormir, y pasear al sol ó al aire, según las estaciones.

Luisa, hermosa niña de diez y ocho abriles, es la hija única de un pobre administrador de correos; hízola el cielo mas bella que los ángeles del amor, y en sus primeros años trabó una amistad de colegio con la hija del banquero X; esta amistad, formada entre los juegos infantiles, fue creciendo con los años de tal suerte, que siendo muy enfermiza la hija del banquero, Luisa se fué a vivir con ella para asistirle y cuidarla algunas temporadas, y acabó por instalarse de lleno en la casa de su amiga. Luisa tiene una lujosa habitación, coche, palco en la ópera, ricos vestidos y buenas alhajas. Al verla, nadie dirá que su padre tiene 6,000 reales de sueldo: pero es la ahijada del banquero, y se vé rica y llena de gozes, en vez de pasar las miserias y trabajos propios de su clase.

Pues en el cuarto tercero de la casa de enfrente tienen vds. a dos amigas que viven juntas, y que toda su vida—que ya toca a su término—la han pasado sin contar con recursos, haciendo el papel de beatas con admirable gazmoñería. Un inglés ha dado en la humorada de pagarles seis pesetas diarias por una habitación que tienen, mas cuca que ellas mismas; habitación que no ocupa el inglés; pero que paga con la condición de recibir en ella cuando le acomoda. Las buenas amigas hacen que no ven, ni oyen, ni entienden nada de cuanto allí pasa: así viven hace seis años, y ya tienen ahorrados muy buenos cuartos.

Doña Rosa, huérfana de un intendente que fué allá por el año 30 al 34, se ha quedado sin un real, ni de dónde le venga, como se dice vulgarmente. Otra en su caso pasaría mas trabajos y miserias que el mismo Job; pero a doña Rosa le ha venido Dios a ver con su dilatadísima parentela. Un tío, tal cual acomodado, le pasa una pensión de medio duro, religiosamente pagada: tiene tres primas, y come dos veces a la semana



Las beatas gazmoñas.

en casa de cada una: el cuarto se lo dá de valde otra tia viuda, sexagenaria. Cuando celebra días, en sus cumpleaños, por pascuas, año nuevo y otras festividades notables, todos sus parientes le regalan mantelitas, mantillas, papalinas; abanicos, etc. Ella a nadie regala, porque es pobre en el sentido de la ley; pero en realidad es mas rica que todos ellos. Sus ocupaciones se reducen, como las de doña Rita, a comer, dormir y no trabajar.

¿Ven vds. esa hermosa criatura, con negros y brillante ojos, preciosa cabeza, formas insinuantes y aire tranquilo y descocado? Pues ahí donde vds. la ven, ha hecho todo lo que puede por ser una miserable desgraciada, y es hoy día una muger completamente feliz. De niña no quiso aprender nada de cuanto sus padres se empeñaron en enseñarle. Poco despues su madre quedó viuda, y libre del freno paternal, la niña se hizo una coqueta de primer orden; todo Madrid era poco para ella. Cuando cumplió diez y ocho años, ya no se contentó con ser coqueta.... Todo Madrid tiene recuerdos de sus favores. Pues ¡asómbrense vds.! Acaba de casarse con un joven rico, elegante, que la lleva en un lindo carruaje, mientras su madre va encargando a todo el mundo un poco de reserva en favor de la paz matrimonial. Al verla dicen las mugeres honradas. «¿De qué sirve ser buena y virtuosa?» y aunque no tienen razon en condenar la virtud, la tienen en indignarse al ver así ensalzado el vicio.

De cada una de estas bienaventuranzas—á las que ya pondré término—conozco en Madrid diez ó doce ejemplares. ¡Ay, lectores míos! este artículo seria inacabable si os hubiese de insertar el catálogo de todos los bienaventurados que conozco!

Decidme, sino, ¿qué denominacion habrá de darse á todos esos hijos de la dicha, que á falta de méritos propios han alcanzado por los de sus parientes ó amigos una posición que les envidiarían algunas personas distinguidas por su saber y sus talentos: cómo merecen llamarse esos niños mimados de la fortuna que adquieren los destinos bailando polkas, y consiguen cruces y honores por cada una de las relaciones



La ahijada del banquero.

que cultivan: de qué otra manera habrá de calificarse á esos banqueros, que debieron á una jugada de bolsa todas las riquezas y felicidades de que gozan: á esos hombres á quienes una lotería, un azar de fortuna, un encuentro casual, una relacion inesperada, un matrimonio de conveniencia ú otro accidente de este género han abierto las puertas de un porvenir que no podían entrever como último término de sus planes, que otros ven dibujarse allá en el lejano horizonte de sus esperanzas, y corren toda su vida tras él, sin poderlo nunca alcanzar?

Porque sin que sea visto dar á los medios materiales de existencia mas valor que el que su mismo carácter material les asigna entre las comodidades y gozes de la vida: sin que creamos nosotros que se encuentra la felicidad en una situación determinada, porque la felicidad nace del corazon, y del corazon depende exclusivamente: sin que nos pueda parecer envidiable lo que se obtiene por medios indignos y lo que se posee sin merecerlo: sin que tengamos por feliz al hombre-máquina que tiene fortuna y honores, por el mero hecho de tener lo que él mismo no aprecia: sin que pretendamos, en fin, dar en la sociedad mas valor á lo que se llama la posición del individuo, que el que le dá la sociedad misma; es indudable que del seno de la clase media, que vive con los recursos de su trabajo, salen algunos indivi-



La huésped de todo el mundo.

TOMO II.

duos que pasan su vida corriendo sin cesar tras un porvenir de gloria y de fortuna constantemente soñado y no alcanzado jamás: mientras á otros no parece sino que les aguardaban á su salida al mundo aquellas dos caprichosas deidades para ofrecerles con su ayuda un porvenir que acaso no imaginaron ellos mismos una posicion de que las mas veces no son dignos.

Estos son los que á falta de mas adecuada expresion, hemos definido bajo el epigrafe genérico de los bienaventurados.

J. M. ANTEQUERA

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

TOMO TERCERO.

CAPITULO III.

El gabinete de Emirene.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Hétenos ya en el gabinete cuya descripcion he ido aplazando intencionalmente. Vamos á ver si corresponde á las esperanzas del lector, y si merece en realidad que le consagremos un capítulo entero.

Arturo y el marqués bajaron juntos la escalera; pero solo el primero salió á la calle. El segundo hizo al pie de la letra lo que le indicó su antriquita, y llegó hasta el pabellon sin el menor obstáculo. Verdades que todo el peligro, si alguno habia, estaba al cruzar el patio, y él tuvo la precaucion de arrimarse á la pared al pasar y atisbar antes si alguien podria verle.

El pabellon que Emirene llamaba su gabinete de estudio, porque en él pasaba la mayor parte del día, quedaba en un ángulo de la casa y remataba en el jardín; tenia entrada por el piso principal y por el inferior, y la llave era comun á las dos puertas.

La circunstancia de quedar la del piso bajo en la parte mas retirada del edificio, solitario siempre á esa hora, como destinada á almacenes y depósito de efectos mercantiles, alejaba todo temor y hacia poco menos que imposible una sorpresa.

El marqués abrió la puertecilla indicada que dejó entornada, por si acaso, y subió la pequeña escalera que conducia al gabinete.

Al abrir la puerta de este, al resplandor de la luz que entraba por una de las vidrieras, vió sobre la mesa una palmatoria y fósforos, y cumpliendo las instrucciones de Emirene, se apresuró á cerrar las ventanas, y á correr las cortinas, para que no se viese por la parte de afuera el reflejo de la luz en las hendiduras de los postigos.

Hecha esta operacion, encendió la palmatoria, y aunque conocia palmo á palmo la pieza en que se encontraba, le pareció conveniente hacer una minuciosa pesquisa de ella, como acostumbraba siempre que se veia empeñado en alguna aventura que podia tener serias consecuencias.

Dicha pieza, de forma octógona y bastante espaciosa, quedaba, como he dicho, en un ángulo de la casa, aislada completamente del piso principal, con el que se comunicaba por un estrecho corredor. Hecha espresado para servir de retrete á una hermosa, el lujo, la elegancia y el buen gusto, resaltaban en caprichoso maridaje dentro y fuera de ella.

Figúrese el lector una espaciosa habitacion edificada en una de las mas bellas posiciones que se pueden imaginar; coronada por un elegante mirador desde el cual alcanzaba la vista los paisajes mas encantadores; sombreada y perfumada por los árboles y odorosas flores que crecian á sus pies; iluminada en derredor por doce balcones, cuyas persianas y vidrios de colores estaban dispuestas de modo que no permitian pasar mas luz que la que deseaba la persona que se hallaba dentro: añada á estas ventajas de la naturaleza y del arte un conjunto de muebles preciosos y de objetos artísticos, que á primera vista revelaban la magnificencia y el delicado gusto de su dueño, y se formará una idea aproximada de la mansion de aquella muger-poeta, si me es permitido usar esta frase para espresar el vago sentimiento de voluptuosidad é idealismo que inspiraba, aun en la ausencia de la divinidad que la embellecía.

Sí; á su vista se estremecía de placer el corazon;

Y un vago sentimiento de deleite
Allí dejaba sin vigor el alma (1).

Las paredes estaban empapeladas con un esquisito papel de la China, notable por la exactitud de sus dibujos y lo raro y original de las escenas que representaba. Hermosos cuadros al óleo, interpolados entre los retratos de Emirene, don Juan y su hijo, pendian de la pared sujetos en áureos cordones y clavos de plata afiligranada. El cielo raso imitaba el purísimo azul del firmamento tachonado de estrellas. Ricos tapices de Persia cubrian el suelo; lujosas cortinas de seda

y damasco recamadas de oro adornaban los balcones:

Sobre graciosas urnas de alabastro,
Sobre vasos de pórvido y de nácar
Sus lánguidas cabezas tristemente
Mil rosas prisioneras inclinaban;
Víctimas del amor, tímidas flores,
Arrojaban constantes en sus aras
Su perfume suavísimo, y morían
Al dulce arrullo de las leves auras.
Líquido el ámbar salpicó mil veces
El pavimento de granito y plata,
Que el ébano y el mármol en mil giros
Con moriscas labores adornaban (1).

Encima de una mesa colocada en medio del aposento, y cubierta ademas de un sin fin de chucherías, cuyo menor mérito consistia acaso en las cantidades exorbitantes que habian costado; arreglados en agradable desorden ostentábanse frutas, animales, ángeles, peces y aves de oro y plata maciza, jaspe, mármol ó marfil; un hermoso librito de memorias de oro y nácar, notable por la delicadeza de sus cortes y del cincel que le habia labrado; graciosos búcaros de caprichosa forma; una coleccion de los pájaros mas pequeños de las cinco partes del mundo, embalsamados y dispuestos en un árbol de coral, cubierto con un fanal; un juego de ajedrez trabajado en la India, pero tan diminuto, que todas las piezas estaban encerradas en un huevo del tamaño del de una gallina, el cual, tocándole un resorte, se extendia en forma de tablero; un album que habia costado 10,000 francos en París; una Venus flotando sobre las aguas, encerrada en una ligera concha con dos valiosas perlas en su estado natural; y otras muchas preciosidades por el estilo, solicitadas por don Juan en América y en el extranjero, pagándolas, como es costumbre, á precios disparatados, pero que á él nunca le parecian caras, al ver la aficion loca que tenia su esposa por ellas, y la alegría infantil con que recibia cualquier objeto que, por lo bello, lo raro ó curioso, tenia realmente algun mérito artístico:

Que la muger en esto de caprichos
No distingue á los hombres de los bichos (2)

sean animados ó inanimados, montaraces ó domesticados, cuadrúpedos ó anfibios:

En un extremo del gabinete veíase un magnífico piano alemán; á la derecha un pequeño escritorio de caoba, y encima una curiosa cartera forrada de terciopelo carmesí; á la izquierda cuatro estantes de libros acristalados que componian una selecta biblioteca de los mejores poetas y novelistas españoles, italianos, franceses é ingleses; idiomas que poseia Emirene casi tan bien como el materno; al frente habia un espléndido sofá de jacarandá, de una labor inestimable, incrustado todo con nácar y chapas de plata; á su lado una soberbia otomana de la misma labor; encima del sofá una guitarra sevillana de gran valor; en la parte opuesta, un caballete de aromático palo del Brasil, con un paisaje recién empezado; y en fin, cerca de una de las vidrieras pendiente de la pared la hamaca de que ya he hecho mencion, y á su lado un bastidor en el que se veian, al través del papel de seda que los cubria, unos tirantes á medio concluir.

Pero de todos los objetos que adornaban el gabinete, ninguno mas precioso que un reloj, de sobremesa que marcaba las horas por medio de figuras simbólicas que aparecian en la parte superior, cruzaban la esfera, y desaparecian, dando desde uno hasta doce golpes, en una metálica campana oculta tras un sol de oro.

He aquí como estaban representadas las horas: la una, el Tiempo bajo la forma de un viejo octogenario armado de una guadaña; las dos, Adán y Eva; las tres el Pasado, el Presente, el Porvenir; las cuatro, las cuatro estaciones; las cinco, la Europa, Asia, Africa, América y Oceania; las seis, la sacra familia, la Virgen, el niño Jesus, San José y los tres reyes magos; las siete, los siete sábios de Grecia; las ocho, el sistema planetario como se conocia entonces (3), las nueve, las traviesas hermanas conocidas con el nombre de musas; las diez, los diez conquistadores mas célebres, Alejandro, Manco-Capac, fundador del imperio del Perú, Mahoma, Atila, Alarico, Tamerlan, Carlo-Magno, Julio César, Cortés, Pizarro; las once, una estrella rodeada de un sin fin de estrellitas imitando la constelacion de las once mil vírgenes; las doce, los doce apóstoles.

Por no estenderme demasiado, paso por alto la descripcion de los trages, signos característicos y varios movimientos de todas estas figuras. Baste decir que tanto por su esquisita labor, como por la propiedad de los objetos ó personajes que representaban, hacian del reloj una obra maestra de primera clase.

Me he propuesto ser breve y no quiero fastidiar mas á mis buenos lectores (salvo los que no sean buenos, que no serán pocos) con digresiones inoportunas: el que tenga curiosidad (y *cumquibus*) y desee saber si el referido reloj es tan bello en realidad como en

(1) Leyenda citada.
(2) Sandoval. La perrita faldera.
(3) El lector sin duda sabe, ó no sabe, que Ceres, Palas, Juno y Vesta han sido descubiertos desde principios de este siglo, de 1801 á 1807, y que en la época á que me refiero, solo eran conocidos: La Tierra, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno y Urano, que con el Sol forman el número ocho.

perspectiva, puede si gusta, mandar hacer otro igual á París, Ginebra, Londres ó Alemania, y regalármelo, que yo lo aceptaré solo por ser recuerdo de persona tan apreciable, tan inteligente, instruida, amante de las bellas artes y digna, muy digna de todos mis respetos, consideracion y cariño.

Siendo indudable que el aspecto exterior de los objetos ejerce una grande influencia sobre los sentidos, y hasta determina nuestras ideas, comprenderá el lector cual debia ser el efecto que produciria este amalgama de todo lo mas bello y poético del lujo y de las artes, reunido allí como arras y trofeo de la divina muger, que hasta en sus mas leves instintos descubria la superioridad y nobleza de su origen celestial. ¡Suavísimo aroma encerrado en caja de topacio! ¡Rico brillante embutido en oro y circuido de perlas y rubies!

Respirábase allí una atmósfera tibia y embalsamada que traía á la mente ideas de voluptuosidad y amoroso delirio, como evocadas por el recuerdo ó el ángel malo de la sílfide de aquel retrete oriental. Donde quier que los ojos se volbiesen, encontraban estampada su huella, sin necesidad de abrir el riquísimo album, en el que pintores y poetas agotaron en vano el genio y la paciencia, para trasladar al papel lo que se escapa a la mente y al pincel:—el soplo de Dios difundido en la fisonomía y vibrando en el rayo de la mirada, ora tierna, ora severa, imponente ó cariñosa, en los hoyuelos de las mejillas, en la sonrisa ó contraccion de los labios;— en los pliegues de la frente; en el porte magestuoso y regio; en la gracia de los ademanes, en la armonía del acento, en las chispas y sales de la conversacion.... porque la belleza de Emirene era una de aquellas bellezas privilegiadas que ofrecen una nueva perspectiva, vistas en las varias situaciones que producen alguna modificacion en el rostro por ligera que sea; y para poder apreciarla en todo su valor era preciso contemplarla despierta y dormida, tranquila é inquieta, sentada y andando, bordando y leyendo, contenta y triste, enojada y risueña, distraída y oyendo una relacion que la conmoviese, ó viendo la representacion de un drama ó comedia que la agradasen, y como está probado que ni el poeta con todas sus rimas, ni el pintor con todos sus colores, aunque el primero tuviese el genio de Byron y el segundo el de Rafael, acertarán jamás—porque es imposible—á arrancar su secreto á la naturaleza, reproduciendo sobre una tela inanimada, ó con algunos miserables sonidos, todos los indefinibles matices que sombrean con la rapidez de la luz una espresiva y hermosa fisonomía, resultaba que las pinturas y trovas dedicadas á Emirene, aunque muy buenas para otra cualquiera, para ella eran una verdadera caricatura; ó en otros términos, los que tenían la vanidad de ofrecérselas no se imaginaban que querian poner la diadema de un niño en la cabeza de un gigante, y adornar á una altiva emperatriz con las humildes galas de una aldeana.

Sin necesidad, pues, de abrir el album, el que la conocia, tropezada por todas partes con ciertos rasgos característicos que traicionaban la mano que los habia trazado.

En la biblioteca eran varios libros sobresaliendo un poco de la hilera, y cuyas páginas estaban señaladas al margen con lápiz en los pasajes mas sentimentales. Encima de la mesa, dos cupidillos de marfil, á los que habia pintado enormes bigotes, color de fuego, y un mono de pórvido adornado con el toison de oro y las insignias vireinales. En la cartera de los dibujos, varias ingeniosas caricaturas de algunos empleados de alto coturno. En la de sus papeles, una picaresca estrofa dirigida á los curiosos, de su propia cosecha, y puesta como traducida del inglés por un poeta español. En los libros de música, varias roturas por la precipitacion con que volvia las hojas. En los búcaros y cornucopias, las violetas dominando á las demas flores; y á este tenor aquí y allá, allí y acullá otras mil muestras semejantes de su carácter festivo, travieso, irreflexivo y original.

Tal era la encantada mansion donde la bella, llamada con justicia «Estrella del Sud» á causa de su incomparable hermosura, pasaba una gran parte del día, y á veces de la noche, entregada á sus inclinaciones favoritas, y segun el humor que la dominaba, sin mas regla ni móvil que su capricho, ora tocaba un *wals*, ora cantaba una *cavatina*. Tan pronto leia á Quevedo, á Rousseau, á Metastasio ó á Pope, como traducia un fragmento de estos autores, escribia un romance ó una balada, que en seguida rompía temerosa de que se burlasen de ella en la alta sociedad si llegaban á saber que componia versos, no obstante que algunos de ellos los hubiera firmado sin vacilar la insigne poetisa moderna (1), pura flor del jardín cubano, regada con una lágrima de la infortunada América.... y cuando no tenia ganas de tocar el piano y la guitarra, ni de cantar, leer ni escribir, dibujaba una cabeza griega, bosquejaba un paisaje ó hacia un retrato de miniatura, y cuando ni aun esto la distraía, se ponía á bordar unas chinelas, una relojera, un vestido ó otra cualquiera cosa para su esposo ó su hijo. Pero era, tal la desigualdad y ligereza de su genio, que á veces en un mismo día, y en el intervalo de un par de horas, hacia todas estas cosas, deteniéndose diez minutos en cada una.

Don Juan, que como ya he insinuado, no acostumbraba tomar en sus manos mas que el libro de caja y sus colaterales, solo veia en las distracciones de su es-

(1) Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

(1) Castro. El maestro de Santiago.

posa un mero pasatiempo tan inocente como útil, y aunque para él todo aquello eran *pamplinas*, aplaudía á todo, y á todo decía amen, fomentando en cuanto podía las naturales inclinaciones de Emirene, no por amor á las bellas artes, sino por recelo de que si no se distraía de algun modo, el demonio del tedio la inspiraría otros pensamientos, y en vez de elevarse á las nubes se arrastraría por la tierra. Profesaba el hidalgo aquel conocido adagio, que no por ser tan vulgar deja de ser menos cierto y profundo: «La ociosidad es la madre de todos los vicios.»

De este modo el pabellon había llegado á ser para Emirene un asilo inviolable donde se refugiaba siempre que quería estar sola, segura que los criados ni su mismo esposo llamarían á la puerta, si la encontraban cerrada. Y ella para evitarles el trabajo de atravesar el corredor, y significarles de una manera mas esplícita su soberana voluntad, acostumbra á veces correr tambien el cerrojo á la de este, quedando por lo tanto incomunicada con el resto de la casa.

Sin embargo, para no herir la susceptibilidad de don Juan, y acaso para hacerle comprender que para él nunca tenía mal humor ni secreto alguno, en cuanto sentía sonar el pestillo de cualquiera de las dos puertas, se levantaba, corría á su encuentro, y le obligaba á entrar á la fuerza. Rara vez se equivocaba: ya porque conocía sus pisadas, ya por la hora en que solía él desocuparse de sus negocios y venir de la calle.

Así consiguió en breve, sin pretenderlo, que don Juan por un exceso de bondad, se alejase sin hacer ruido, toda vez que encontraba la puerta del corredor cerrada; circunstancia que notada por Emirene, fué lo suficiente para que se incomodase con él una noche despues de venir de la ópera, estando tomando el té, como acostumbraban antes de acostarse; y tuviesen un fiero debate que duró cinco minutos y tres segundos, concluyendo por tratarle ella de cafre, incivil y poco cuidadoso de su muger, negarle otra taza de té que don Juan le pedía, diciéndole que veneno era lo que debía tomar, tirándole á la cara al mismo tiempo con mucha monada pedacitos de bizcocho, hasta que exasperado el buen hombre, sin poder ya contenerse, se levantó... la abrazó y se la llevó riendo al dormitorio, no he podido averiguar á punto fijo con qué objeto, aunque es de suponer, visto lo avanzado de la hora, que sería para darle las buenas noches y deseársela un sueño tranquilo y sosegado.

Estos ligeros detalles manifestarán al lector la causa que impulsó á Emirene á escoger aquel parage para la cita, y no estrañará ahora la facilidad con que accedió al ruego de su amante, vista la inmunidad del lugar y la certidumbre de que allí nadie había de ir á sorprenderlos.

Si sus cálculos eran ó no exactos lo sabrá el que tenga la paciencia de leer el capítulo siguiente que trataré de abreviar cuanto pueda, á pesar que presenta tela cortada para dos tomos.

CAPITULO IV.

¡Cast, cast!

Luego que el marqués hubo examinado una tras otra las cortinas de las vidrieras que estaban cerradas antes de venir él, así como los intersticios que mediaban entre la pared y los armarios de los libros: luego que levantó la carpeta y vió que no había nadie ni debajo de la mesa ni debajo del sofá, bajó la escalera, estuvo un momento en acecho para cerciorarse que nadie le observaba, y convencido de que era vano su temor, echó el pasador á la puerta.

En seguida volvió á subir al gabinete, abrió la que comunicaba con el corredor dejándola entornada por si venia Emirene, cogió la palmaria y se dirigió al mirador, resuelto á verificar el mismo escrupuloso examen.

En su larga carrera erótica, le habían pasado lances muy críticos y apurados, cómicos y trágicos, por falta de prevision; quedando tan escarmentado que no iba á ninguna aventura sin proveerse antes de un par de pistolas de bolsillo ó de un puñal; y no se entregaba al único Dios en que creía, valiéndose de una de sus frases favoritas, sin reconocer antes muy detenida y minuciosamente línea á línea, y losa á losa, la localidad en que se encontraba.

Nada halló en el mirador: pero como aquella altura dominaba toda la casa, quedóse de atalaya contando los segundos que pasaban por las rápidas pulsaciones de su pecho.

Despues de una hora que le pareció un siglo de angustia é indecision, preguntándose á cada momento: ¿Vendrá?... ¡sí!... ¡no!... echando de cuando en cuando un tercio y una maldición á todas las mugeres en general y en particular á la que causaba su agonía, y prometiéndose en justa compensacion ser inexorable con ella y tratarla á lo sultan, como si dijéramos á lo *mashorquero* (1) ó latro-faccioso, apareció ella por fin, empujando delante de sí un mundo de delicias é ilusion.

(1) Respetable corporacion formada bajo la advocacion y el patronato de don Juan Manuel Rosas, y compuesta de sujetos tan amables (la hez y pilleria de Buenos-Aires) que la menor de sus hazañas con el bello sexo de opinion contraria, ha sido cortar las trenzas, pegarle con breva hirviendo moños de grana colorada en la cabeza, azotarle con nervios de toro en sus casas, en las calles, y hasta al salir de los templos; y otras cosas que no conviene referir.

Irresoluto y dudoso todavía como el jugador de lotería cuando pobre y sin esperanza ya, se vé de repente dueño de un milloncello por ejemplo, y contempla con faz desecada y anhelosa el billete que tiene en las manos, sin atreverse á dar crédito á sus propios ojos, así quedó él al ver á Emirene aparecer en el umbral de la puerta del corredor... y rápido como su deseo, lanzóse á recibirla, salvando los escalones de cuatro en cuatro.

¡Hay momentos vive Dios!
En que asesina el placer (1)

Figurábase ya que la tenía en sus brazos: creía que había sonado ya la hora de su triunfo; y dominado por esta idea, refluía la sangre al corazon con violencia, latíanle y dilatábanse las arterias de su frente, como si un lazo escurridizo le oprimiese la garganta, y sentía aquella ardiente inquietud, aquel dulce desfallecimiento, aquella ansia febril é impetuosa, que se apoderan de un enamorado, cuando cree percibir en la oscuridad el roce del vestido de su amante.

A pesar de su maestria, no pudo el marqués en esta ocasion ocultar del todo la profunda emocion que le agitaba. La naturaleza era superior á su voluntad, y sin mirarle al rostro, conoció Emirene, apenas tocó la mano que él la ofrecía para entrar, la situación violenta en que se encontraba. Atribuyóla empero á la incertidumbre y á la angustia que suponía había pasado esperándola, y se dirigió sin recelo al gabinete.

El marqués cerró la puerta y dió dos vueltas á la llave.

Al ruido que hacia esta, volvióse Emirene azorada, y le preguntó que significaba aquello.

—Nada, señora, contestó él friamente, significa solo que echo la llave porque así conviene.

—¡Eduardo!—gritó la esposa de don Juan trémulos los labios, dando diente con diente y húmedos los ojos de cólera, pero chispeando sus negras pupilas fijas en él; ¡Eduardo! adivino vuestra intencion.... ¡queréis abusar de mi debilidad!

—Todo menos que eso, señora: espero convencerlos....

—¡No en vano desconfiaba!... pero os prevengo, señor mio, que os engañais miseramente: si dais un paso mas hácia mí, me estrello contra las losas del patio!

Apenas oyó el ruido de la cerradura, habíase ella ido acercando cautelosamente á uno de los balcones, y no bien concluyó la postrera frase, le abrió y se apoyó con las dos manos en la baranda, resuelta á morir antes que ver profanada su belleza por aquel sátiro.

Aturrido el marqués por la energía de sus palabras y la velocidad de sus movimientos, confundido por aquel rasgo inesperado de abnegacion sublime, y cierto de que en su acaloramiento, era capaz de darse la muerte antes que ceder á la violencia, quedóse por algunos minutos clavado en el mismo sitio, inmóvil como una estatua, entreabierto la boca, estúpida la mirada, trabada la lengua, y tembloroso y confuso como un reo en la presencia de su juez.

La terrible emocion que sentía, era no obstante demasiado violenta para que pudiese durar mucho; y la misma desesperacion de ver que se le escapaba su presa de entre las manos, cuando la creía mas segura, arrojó un rayo de luz en su turbado espíritu, volviéndole toda su astucia y sangre fria. Desapareció el amante y quedó solo el *hombre*, ó mas bien, el lúbrico libertino, tanto mas ansioso de triunfar, cuanto mayores eran los obstáculos que se oponían á la realizacion de sus torpes deseos. Calló el corazon, y reflexionó la cabeza, siempre diestra y fecunda en recursos, cuando el primero no la ofusca y enloquece.

—¡Oh! ¡Emirene! Emirene! exclamó despues de una ligera pausa, abriendo la puerta, tirando la llave á sus pies, retrocediendo al extremo opuesto del gabinete, y alejándose de ella cuanto el local permitía, para inspirarla mas confianza; ¡Emirene! os habeis equivocado.... ¡Ah! ¡por Dios! cerrad ese balcon.... mirad que os perdeis.... os puede ver alguno....

Y cayó de rodillas tendiendo las manos juntas hácia ella, vertiendo hipócritas lágrimas, y añadiendo con desesperado acento:

—Perdonadme si os he ofendido involuntariamente, ¡perdonadme! os juro por mi honor, por lo mas sagrado que haya que ni con el pensamiento abrigué jamás el torpe anhelo que sin motivo habeis sospechado en mí.... ¡Señora! ¡señora! marchaos si os agrada.... ya veis que os dejo libre el paso.... marchaos antes que desgarrarme de un modo tan inicuo el corazon! ¡Marchaos!... ¡Preferiría la muerte á que me creyérais tan infame!

No la había engañado su pudoroso instinto, no, pero Emirene no era perversa ni conocía al vil seductor bastante para apreciar sus palabras en lo que valían. Sus protestas, y sobre todo, el mero hecho de abrir la puerta, dejarla franco el paso, y provocarla á que se fuese antes que dudar de su lealtad, si no dispuso alguna duda que aun sentía sin poder explicarse el por qué, la tranquilizó lo suficiente para cerrar el balcon sin echar los pasadores, cambiar velozmente de posicion, quedando cerca de la puerta abierta, y suplicarle que se levantara y tomase asiento á una regular distancia, permaneciendo ella de pie apoyada en uno de los

bordes del sofá, al parecer pronta á huir, al menor amago que indicase un cambio de ideas, ó arrepentimiento de su arrepentimiento en el dolorido y amarelado galan.

Observaba él en silencio con resignacion estoica todos sus movimientos, maldiciendo en secreto y admirando interiormente la prevision de la bella temerosa, y cuando la vió libre de toda congoja y confiada en su inespugnable posicion, dispuesta á escucharle, se puso en pie con mucha calma, soltando una carcajada estrepitosa.

—¿Se ha vuelto loco? se preguntó Emirene no sabiendo á que atribuir aquella risa sardónica é inoportuna: y como Tedarra continuase mirándola con ojos centellantes, ora amenazadores, ora despreciativos, acabó de confirmarse en su primer idea, y compadeciéndole y empezando á temerle de nuevo, en ademán de irse, le dijo con un tono afectuoso en que vibraba á la vez la compasion, el temor y la curiosidad:

—Caballero, os escucho.... podeis decir lo que deseabais.... pero os suplico que seais breve, porque no puedo demorarme aquí mucho tiempo.

—Voy á complaceros, señora, y seré lacónico, puesto que teneis tanta prisa. ¿Ireis á la cita?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—¿Ireis mañana ú otro dia?

—¡Nunca!

Al oír la palabra *nunca*, el marqués se puso pálido de ira, rechinaron sus dientes, y su semblante tomó una espresion siniestra, como si adoptase una resolucion desesperada y quisiera jugar el todo por el todo. Volvió á hacer la misma pregunta dos veces mas, y recibiendo siempre la misma respuesta, el mismo fatal *nunca*, á la tercera dijo con afectada serenidad:

—Está bien: ahora escuchadme diez minutos.

Yo os he amado, señora, como no ha sido amada muger alguna. Os consagré mi vida, y no tenía mas pensamiento, mas aspiracion ni deseo, que merecer algun dia vuestra confianza. No hubiera retrocedido ante sacrificio alguno para conseguirla. Vos sabeis si mis sentimientos, si las repetidas pruebas de amor que os he dado sin cesar eran falsas. Mientras abrigaba la dulce esperanza de ablandar al fin vuestro pecho, he sido tierno y sumiso amante, noble y leal caballero: ahora que para siempre habeis muerto la esperanza en mi corazon, ahora que habeis levantado para mí la losa del sepulcro, cerradome las puertas del porvenir, y abiertome las del infierno con ese horrible *nunca!* que os he hecho pronunciar tres veces para que no me quedase duda alguna acerca de mi desgracia, soy otro hombre, señora! soy un amante despreciado y celoso, soy un infame y desleal caballero, que solo anhela vengarse de la ingrata que pagó tan mal su cariño, vengarse, si, vengarse sin detenerse en los medios, por mas viles é inicuos que sean, con tal que consiga su objeto!

—¡Oh! eso no es posible, Eduardo, os burlais!... Ah! por favor decidme que no hablais de veras, replicó Emirene aterrada por el acento solemne y las miradas de su amante.

—Hablo muy de veras, señora, respondió él estallando. ¡Qué! ¿creisteis voluble coqueta, sin corazon y sin alma, que yo era uno de esos miserables arlequines á quienes se atrae con una mirada y se arroja con una palabra de desprecio, con la misma indiferencia que un vestido que no es de moda? ¿Creisteis que yo podría entregaros toda mi existencia por un soplo efímero. por una promesa de felicidad? ¿Creisteis, muger imbecil, que yo podría amaros ó aborreceros con tibieza, como un hombre vulgar? os equivocasteis, señora; yo quiero, yo amo, yo adoro con idolatria, con frenesí, y aborrezco, detesto, abomino del mismo modo. Hace media hora hubiera dado sin vacilar toda mi sangre por una sonrisa vuestra; ahora daría mi eternidad ¿lo entendeis? señora, toda una eternidad de privaciones y dolores, por veros humillada, escarnecida y deshonrada, horando sobre el cadáver del caduco imbecil á quien me sacrificais....

—¡Tened piedad de mí, Dios mio! murmuró Emirene en voz baja, trasluciendo su execrable proyecto.

—Sabed que ya no me voy de Lima, y sabed que esta noche empieza mi venganza.

Emirene quiso hablar y no pudo, la voz se le anudó en la garganta. El marqués sacó el reloj, vió la hora, y añadió:

—Son las ocho: de aqui me voy á mi casa en derecha, recojo vuestras cartas y hago de modo, que antes de una hora, junto con vuestro retrato y la llave de este pabellon, estén en poder de vuestro esposo sin que yo se las dé.

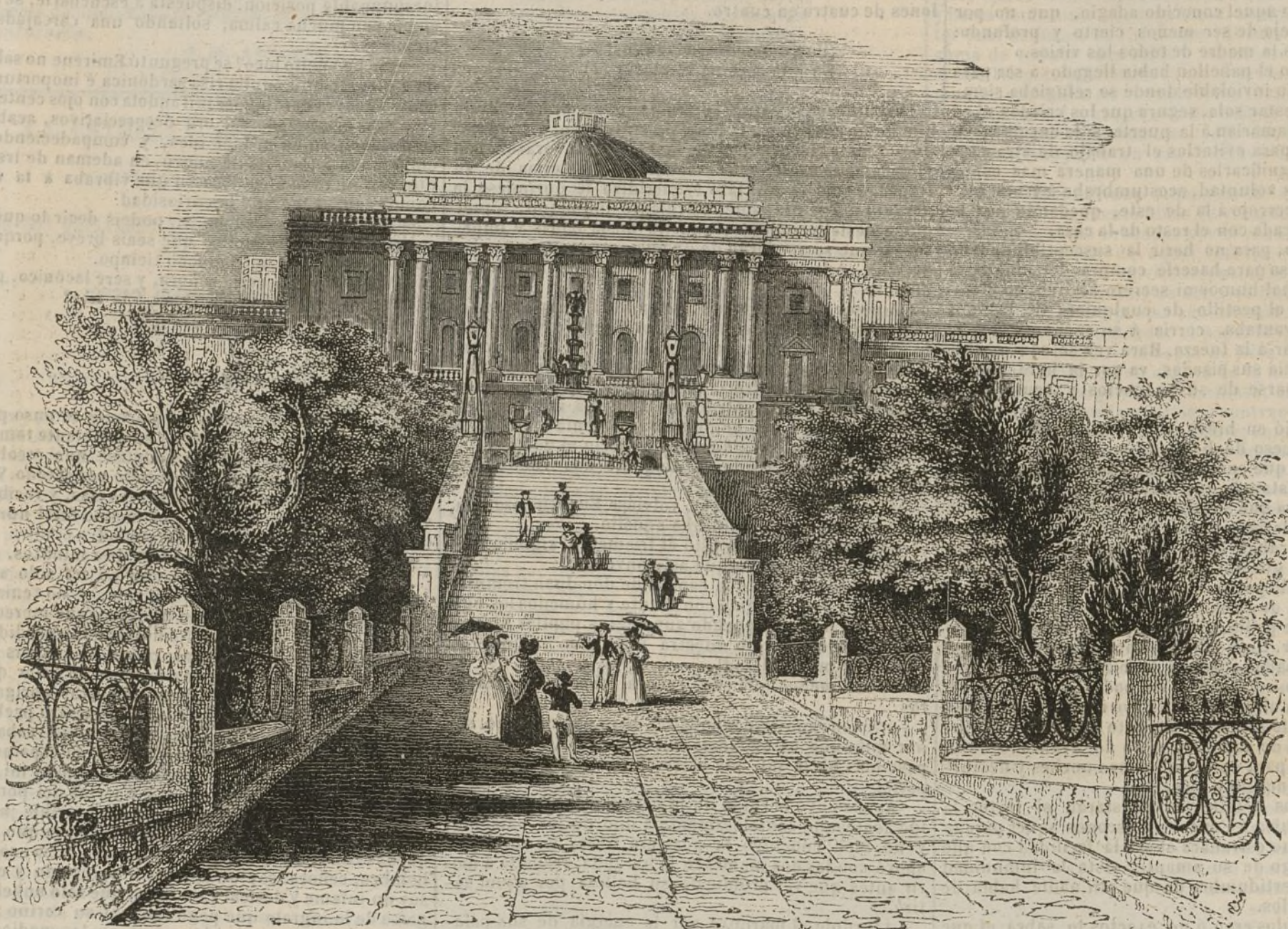
—¿Y seréis tan vil, tan infame, abusareis de ese modo de la confianza é inesperienza de una pobre muger cuyo único delito es haberos escuchado, porque os creía un hombre de honor, un verdadero caballero, digno del ilustre nombre que llevais?

—Ya os he dicho, respondió el marqués con insultante ironía, que ahora no soy mas que un infame y desleal caballero que solo anhela vengarse; por lo tanto, tendré mucho cuidado de escoger aquellas cartas que admitan diversas interpretaciones, por lo vago y general de sus frases, y de eliminar las que den á entender que nuestras relaciones no han pasado del estado que aconsejaba Platon para la perfecta idealizacion de los afectos terrenales.

—¿Pero vos queréis hacerme perder la estimacion de mi marido?

(1) Los hijos de Eduardo.—trad. de Breton de los Herreros.

VISTAS Y PAISAJES ESTRANEROS.



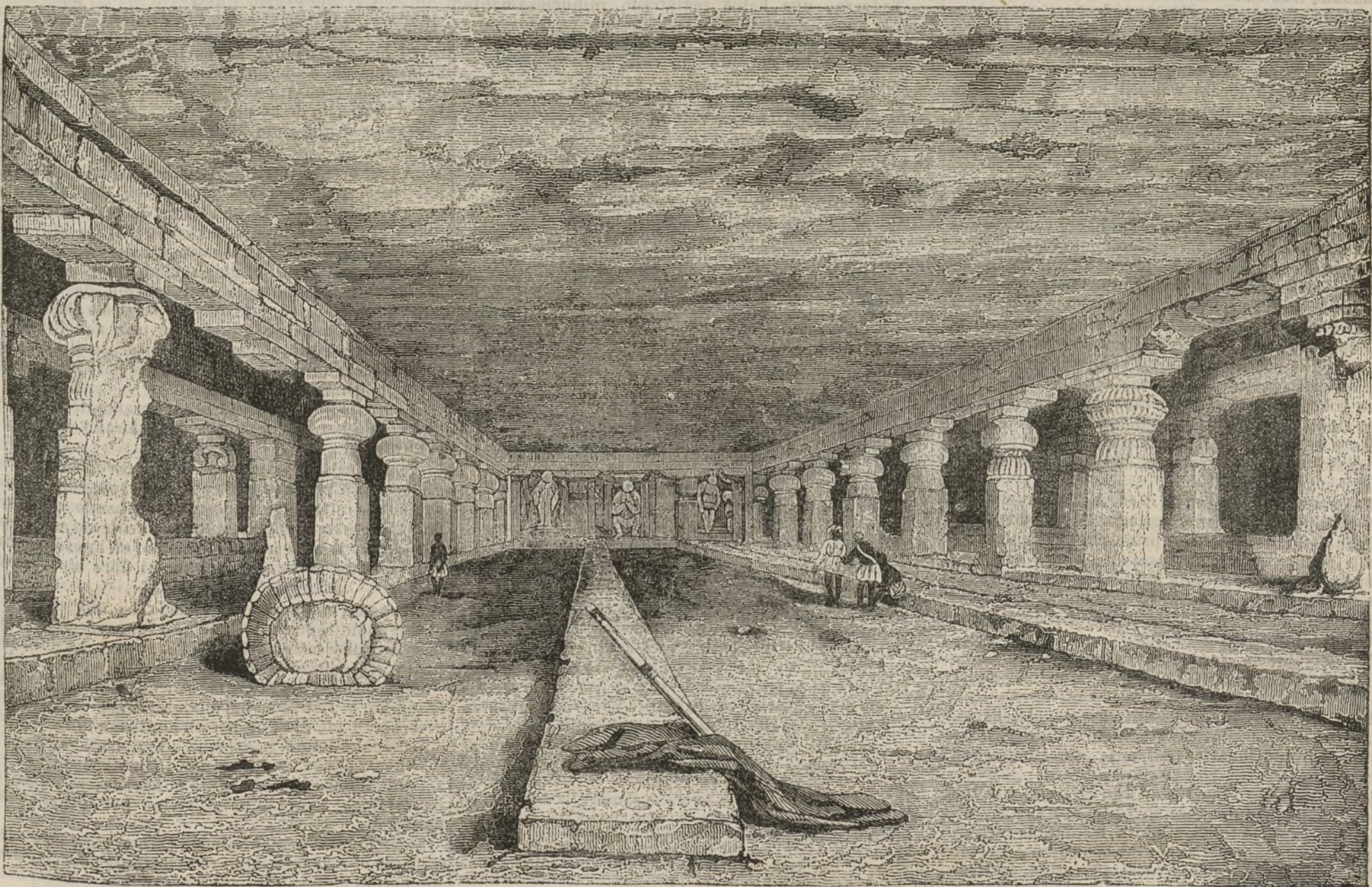
Estados-Unidos.—El capitolio, Washington.



Tarsis.—Cidno.



Calle real de Corfú.



Templo subterráneo de Elora.

—Y algo mas.
—¿Envilecerme en el concepto del público, hacerme aparecer como una de vuestras numerosas conquistas?
—Y algo mas.
—¿Queréis que sucumba bajo el peso de mi ignominia y de los pesares que van á acibarar mi existencia para siempre?...
—Y algo mas.
—¡Ah! sois un monstruo, dijo Emirene volviendo los ojos horrorizada.

—No soy un monstruo, señora: soy un deudor agradecido que os paga con la misma moneda. Pero tened la bondad de escucharme sin interrumpirme, que aun no he concluido.

Es muy probable que vuestro adorado esposo me exija una satisfaccion en regla, y si él no me la exige, lo que no creo, yo veré de hacerle algun insulto público y escandaloso que le obligue á volver por su honor vulnerado. Me desafia ó le desafia, y atendida su ineptitud y mi conocida destreza en la pistola, en el sable y en el florete, es evidente que le doy pasaporte para el otro mundo en meros tiempo del que se necesita para encender un cigarro. Felizmente vos sabeis mis proezas, ya llevo despachados seis, y me falta uno para completar los siete pecados capitales que pesan sobre mi alma.... ¡Hola! ¿parece que esto no os agrada? llorais....

Apoyada en el extremo del sofá para no caer, pintada en su espresiva fisonomía la angustia y el espanto, y surcando sus mejillas las lágrimas gota á gota, escuchaba Emirene aquella bárbara sentencia fulminada contra su inocente esposo, y de la cual era ella la causa involuntaria. ¡Ella! á quien él habia sacado de la oscuridad y de la pobreza, poniendo generosamente á sus pies, su nombre, su fortuna y su afecto inextinguible! ¡Ella! á quien él por verla feliz, esa misma mañana le prometia llevarla al fin del mundo, si era preciso, y abandonar su patria adoptiva, sus relaciones puramente mercantiles, sus compatriotas y amigos, testigos y compañeros en su desgracia y en su fortuna, la consideracion de que disfrutaba y todo lo que hace amena una existencia modesta, limitada y positiva, desnuda de fantásticas ilusiones, sin ambicion y contenta con su suerte.

Terribles fueron las reflexiones que, con la rapidez de una exhalacion fulminea, le sugirió el eminente riesgo que amenazaba sus dias: comprendió en aquel momento lo que valia su marido, conoció que se despertaba en su alma el amor apasionado y ardiente que él sentia por ella, y como si un rayo repentino iluminase las tinieblas de su mente, distinguió la clase de afecto que fascinada, habia profesado al de Araure hasta aquella noche, sintiendo ahora renacer su antiguo odio mas profundo y arraigado que nunca.

Por la vez primera aparecia su amante á sus ojos, tal como era, en toda su espantosa desnudez, mezcla de repugnante cinismo, grosero libertinage y sentimientos brutales y fogosos parecidos á los de Oteló ó el escribano Santiago Ferrand tan bien retratado por el ciudadano Sue en los Misterios de París en el capítulo titulado «Furens amoris» cuya lectura recomiendo eficazmente á mis crueles lectoras, para que tengan siempre á la vista los funestos resultados de su rigor con los infelices que tan rendidamente las adoran.

¡Pero ay! ya era tardío é inútil el convencimiento de Emirene: estaba abierto á sus pies el abismo y solo un milagro podia salvarla! Su enemigo la tenia asegurada por una cadena, cuyos eslabones no podian romperse si no con la deshonra ó la sangre de su esposo.

¡Horrible alternativa!
Contemplábala en tanto el marqués con aire de sarcasmo, cada vez mas sañudo, sin hacer caso de sus miradas suplicantes que parecian demandarle piedad.

Convencida la infortunada jóven de que no la encontraria si no se plegaba á su voluntad, cayó en un desahito mortal, fluctuando entre el deber y el deseo de salvar á don Juan á todo trance. Un vértigo horrible se apoderó de su cabeza, y teniendo solo en cuenta el riesgo que corria su esposo, se olvidó de si misma, de las precauciones que habia tomado antes, del cinismo y brutalidad de Tendarra, y á su vez cayó de rodillas con las manos juntas pidiéndole perdon entre gemidos y sollozos, con frases truncadas, incoherentes, y gestos de dolor capaces de enternecer á una fiera.

—¡Ya es mia!.... ¡triumfé!.... se dijo para sí, impasible en apariencia, pero agitado interiormente de las mismas emociones que al principio de la entrevista: y volviéndose á la bella desolada, como si le hubiera exasperado mas aquella humillacion y fervorosos ruegos por un rival que odiaba, añadió:

—Per lo mismo que le amais tanto, he de matarle irremisiblemente.

—¡Ah! decidme lo que exigís de mí, decidme qué debo hacer para salvarle, exclamó Emirene fuera de sí.

—¡Y vos me lo preguntais! ¡santo Dios!.... ¡Reflexionadlo, señora!.... ¡reflexionadlo bien!.... de vos depende únicamente la salvacion ó la muerte de don Juan.

—¡Hablad.... estoy resuelta.... dijo ella con voz tan apagada que parecia un gemido.

—Esta noche—continuó el alevé mirándola cariñosamente, como si á pesar suyo le hubiera enternecido su dolor, os entregaré todas vuestras cartas, la llave y el retrato, y el sol de mañana no me encontrará en Lima, si ahora mismo....

Emirene se cubrió el rostro con las manos.... per-

maneció un momento anonadada bajo el peso de su vergüenza, y haciendo un violento esfuerzo sobre si misma, alzó de repente la cabeza, fijó la vista en el techo, cruzó los brazos, dijo en voz baja «no hay remedio» cerró los ojos y se dirigió á él resignada y confusa como una victima destinada al sacrificio.

Pero al llegar cerca del marqués, que la esperaba gozándose en aquella desesperada lucha del pudor, la vanidad, el orgullo humillado, y el deber, obligados á callar ante la imperiosa ley de la necesidad, la esposa de don Juan, sin querer, retrocedió maquinalmente, y con un acento de súplica y decision súbita, que revelaba la confusion y el desorden de sus ideas, le dijo precipitadamente:

—Eduardo, tened compasion de mí.... mirad, yo misma me entrego á vuestra generosidad.... os prometo que iré á la cita; y si me entregais las cartas y demas objetos que me pertenecen, si no retardais vuestro viage....

—¿No pondreis limites á vuestro agradecimiento?—esclamó él con una sonrisa sardónica, cogiéndola bruscamente de un brazo;— ¡oh! me habeis engañado muchas veces, señora; para que crea en vuestras promesas y pérdidas lágrimas. No me juzgueis tan necio que conociéndolos á fondo, me esponga á ser otra vez el ludibrio de vuestros caprichos, falsedad y doblez!....

—¡Os juro por lo que mas amo, por la salud de mi hijo, por la vida de mi esposo, que no faltaré!....

—¡Basta de farsa!.... soy implacable.... habeis de complacerme ahora mismo, respondió el audaz y mal caballero, sacudiéndola del brazo, frenético, mientras centelleaban sus ojos con todo el fuego de la lujuria y del deseo largo tiempo comprimido, revelando la firme intencion de conseguir por la fuerza lo que no alcanzase por el convencimiento.

—¡Ah! por Dios, que no sea aqui al menos... en casa de mi marido.... contestóle su victima toda trémula, sin saber lo que decia, paseando en derredor sus miradas desfavoradas.

Tendarra, sin hacer caso de sus ruegos ni de sus lágrimas, llevóla arrastrando hácia la mesa donde ardía la palmatoria, y apagó de un golpe las dos luces con la mano que tenia libre, sin sentir en su ciego frenesí, la ardiente impresion de la llama que dejó en el cutis un círculo amoratado.

En seguida, la empujó con violencia hácia el sofá... y, pugnando por desasirse de la brusca mano que la sujetaba, como una llama (1) debatiéndose entre las garras de un condor (2) escapósele un grito á Emirene, al sentir los labios abrasadores del marqués, resbalar por sus mejillas y clavarse con avidez en sus labios, frios y contraidos por el terror....

Tres minutos mas y no habia salvacion para ella. Pero en el mismo momento que se le escapaba aquel grito involuntario, como una protesta de su inocencia, como una imprecacion al ángel de su guarda, sintieron ambos con indecible espanto un ruido sordo á sus pies, como si alguno se arrastrase por el suelo, y vacilar el sofá, como si una persona ó un animal saliese debajo de él.

Tendarra, que habia registrado minuciosamente toda la pieza, y estaba convencido que en el tiempo que estuvo en el mirador, por la parte del corredor nadie pudo haber entrado, por estar la llave en poder de Emirene, sintió á pesar de su valor que se le erizaban los cabellos y le flaqueaban las piernas: vino-sele á la memoria el recuerdo de la aventura del jardín, y por un movimiento tan rápido como impremeditado, soltó á Emirene, que aturdida y azorada, solo pensó en huir.

Al verla salvar el umbral mas ligera que una saeta, volvió en sí el marqués y se lanzó tras ella: pero antes que diese tres pasos, sintió una vigorosa mano oprimir su garganta como un anillo de fuego, arrastrándole al fondo del gabinete....

Lector, me ha dado un espantoso calambre en la punta de las pestañas.... dejaremos por lo tanto, para el capítulo siguiente el averiguar quien era el duende, que tan intempestiva y groseramente, infringiendo el undécimo mandamiento (3) vino á impedir á nuestro filantrópico amigo don Eduardo, que despues de tantos afanes ganase al fin su apuesta, añadiendo una hoja mas á la fragante é inmarcesible corona que ceñia su venerable frente, *virgen y mártir* en esta aventura novelesca-burlesca-grotesca-diablesca.

CAPITULO V.

El duende.

Decia, es decir, pensé decir en el capítulo anterior, (suprimido) (4), recordando la postrera escena del antepenúltimo, que al ver el marqués á Emirene salvar el umbral mas ligera que una saeta, volvió en sí y se lanzó tras ella, pero antes que diese tres pasos, sintió una vigorosa mano oprimir su garganta como un anillo de fuego, arrastrándole al fondo del gabinete.

Estraviéme de induccion en induccion, y no sé como me manejé que cuando menos lo esperaba, me

(1) Especie de gamo cuya forma se parece á la del camello, y que hace las veces de bestia de carga en el Perú, donde sirve proporcionalmente tanto como aquel en Asia.

(2) Ave de rapiña mayor que el águila; habita en las cordilleras de los Andes. Su color es ceniciento con un collar blanco de sedosa y delicada pluma en torno del cuello.

(3) No hacer mal tercero, no incomodar ni fastidiar al prójimo.

(4) Critica literaria. (29)

encontré con que llevaba escritas veinte y dos páginas sin haber hablado una palabra de los protagonistas; conducta parecida á la de ciertos diputados, que gritan, gesticulan, vociferan, manotean, patean, babean, hablan, hablan, hablan y hablan y endiablan al auditorio, siempre á un millon doscientas mil leguas de la cuestion que se trata.

No era supersticioso el de Araure, ni creyó jamás en duendes ni aparecidos; pero en el estado febril en que se encontraba, en medio de la oscuridad, y trastornada la cabeza por un incidente que estaba tan lejos de esperar y que tenia todos los visos de sobrenatural, sintió que bañaba su frente un sudor frio y que se le oprimia el corazon, como si unas tenazas de hierro se lo apretasen. Estuvo á punto de caer y casi perdió el sentido.

El aparecido, duende ó demonio, trasgo, endriago, fantasma ó esperpento que tan pesada burla le jugaba, le llevó en silencio hasta cerca del sofá, donde le arrojó con violencia mas muerto que vivo.

Al caer, chocó el cráneo del marqués contra la madera del respaldo, y al doloroso golpe, volviéronle de repente las ideas y el conocimiento de su crítica situación.

Prestó el oído, animándose por grados; sintió pasos y oyó echar el pasador á la puerta de la escalera y la llave á la del corredor.

Entonces se figuró que era don Juan, que iba á asesinarle; y cediendo á un irresistible deseo de vengarse que se apoderó repentinamente de él, ciego de ira, resolvió coserle á puñaladas.

—¡Don Juan!—gritó con voz estertórea, desenvainando el puñal y dirigiéndose hácia donde le parecia oír las pisadas,—no seais villano.... atacadme frente á frente y á la luz del dia, no como un asesino en las tinieblas y por detrás.

Una ligera carcajada, que resonó á su espalda, fué la única respuesta de su adversario.

—¡Vive Dios! miserable chapeton, ¡que sois un infame!.... ¡Godo al fin para no ser cobardel!.... repuso el marqués cada vez mas furioso.

El desconocido volvió á reirse sin contestarle, mientras Tendarra, dirigido por el eco de la voz, se fué acercando á él en puntillas de pies.

Sintióle el duende venir, y queriendo acaso darse á conocer, alzó la mano para abrir uno de los postigos, con intencion de sacarle de su engaño á la claridad de la luna, que necesariamente debia brillar por aquel lado del pabellon.

Pero al mismo tiempo, descargóle el marqués una tremenda puñalada, que hubiera sido mortal, á no haberse el agredido inclinado, interpuesto el brazo izquierdo, y cogido la muñeca con el derecho, en el momento que el afilado hierro penetraba en sus carnes.

Fué tan violenta la compresion, que el marqués dejó el puñal atravesado en el brazo del ofendido, cuyos férreos dedos, al estrechar su delicada piel, llevaron tras si todo el pellejo del engaje de la muñeca. Escapóse al agresor un ¡ay! histérico y profundo: creyó por la intensidad del dolor, que le habian troncado el hueso.

El desconocido por su parte, no exhaló una queja ni un gemido: se arrancó el acero de la herida y dijo con voz cavernosa, enronquecida por la cólera y tal vez el desprecio de no poder vengarse:

—¡No soy don Juan de Serelar, señor marqués de Araure!....

Aquel acento terrible y sombrío volvió á llenar de pusilánimes aprensiones el corazon de Tendarra. No era aquella la voz de don Juan ciertamente. ¿Pero quién era aquel hombre? ¿Cómo estaba allí? ¿Qué pretendia? ¿Seria algun amante secreto de Emirene?...

Tal vez al errar el golpe y al verse desarmado, habia tenido el marqués la intencion de huir, mas por un terror invencible que por cobardía. Mas la curiosidad y la mortificante idea de que aquel hombre podia ser un rival, y acaso mas venturoso que él, abrasó toda su sangre, y le prestó aliento para averiguar la verdad, ó perecer en la demanda.

Resuelto pues, á morir allí ó arrancarle su secreto de grado ó por fuerza, cogió los fósforos y encendió la palmatoria.

¡Cuál seria su sorpresa al reconocer á Yuca!

Apoyado el negro contra la ventana, con el puñal cogido entre los dientes estaba acabando de atarse un pañuelo en la herida, que felizmente no era de peligro, pues la hoja no habia tocado el hueso, ni cortado ningun músculo, nervio ni fibra de consideracion.

Hubo un momento de silencio en que los dos se observaban, esperando cada uno que el otro empezase la conversacion. Al fin el marqués, un poco confuso y avergonzado, se determinó á hablar.

—Perdona, Yuca, te tomé por un ladrón, dijo entre ofendido y risueño, haciéndole señas para que se acercase. ¿Qué diablos hacias aqui, hombre?....

—Nada, mi amo, le espiaba á V. E. nada mas....

—Eso ya lo sé.... pero dime, ¿cómo has entrado?

—Cuando su merced subia al mirador yo estaba en la azotea del segundo patio, y vine por el pretil hasta ganar el corredor....

—¡Demonio! podias haberte roto el alma cien veces exclamó el marqués, admirado de tanta audacia, y como herido de una idea súbita, añadió:

—Tú nos espiabas en el jardín, ¿no es verdad?

—Sí, mi señor.

—¿Y huiste por la puertecilla secreta cuando yo me acerqué?

—Sí, mi señor.

—¡Ah! tenía razón Emirene, repuso Tedarra con acento de mal disfrazada ira: ¿y quién te dió la llave?

—Nadie: yo la tomé del escritorio de mi amo sin que él lo sepa.

—Yuca, añadió su interlocutor, empezando á sospechar que era víctima de algun complot, parecido á los que él acostumbraba fraguar; contéstame sin rodeos, descúbreme la verdad, responde francamente á todas mis preguntas, y te prometo, te juro por mi honor que te daré lo que me pidas. En prueba aquí tengo unas cuantas onzas, que pienso regalarte si me sirves con lealtad.

Sacó el marqués un bonito bolsillo que contenía unas cuarenta medallas, y como si tratase de contarlas, lo derramó sobre la mesa para escitar la avaricia de su cofrade.

El astuto negro aparentó devorar con los ojos el oro con que se intentaba corromper su fidelidad, y hasta estendió la mano para tomarlo: pero su dueño le insinuó que aun no lo había ganado.

—Pregunte V. E., contestó Yuca, devolviéndole el puñal y sin apartar la vista del dinero: pregunte V. E., que estoy impaciente por probarle mi adhesión.

—¿Don Juan no sabe nada de mis relaciones con Emirene?

—No, mi señor.

—¿De veras?...

—¡Por esta cruz bendita! é hizo Yuca la señal de la cruz y la besó, sin acordarse que cometía un sacrilegio.

—¿Te ha encargado tu amo que la espies?

—No, mi señor.

—Entonces, ¿por qué nos acechas? ¿Qué objeto te propones?

—Quiero vengarme de mi ama, respondió el negro con acento feroz, ¡quiero ser libre!

—¿Y qué te ha hecho Emirene?

—Os lo diré, continuó Yuca bajando la voz y mirando en torno de sí con recelosa desconfianza; mas... si me hacéis traición, yo me vengaré descubriendo vuestros amores á mi amo.

—Habla sin recelo, hombre, ¿no conoces que en este asunto, yo tengo doble interés que en callar?

—¿No recordais lo que pasó hace seis meses con Lola?

—Sí, ¡aquella negrilla que tenía Emirene, y que la vendieron porque apareció en cinta de la noche á la mañana, y no quiso descubrir quién era el padre de su hijo?

—La misma, dijo Yuca, exaltándose por grados y haciendo gestos y ademanes de cólera para cohonestar el solemne embuste con que iba á engañar al engañador por excelencia: yo era su amante.... Si, esa desgraciada debió ser mi muger.... pero ella se obstinó en callar, y yo sabía que mi declaración aislada de nada serviría.... Luego, si he de hablarse con franqueza, la idea de que me vendiesen y pasar al dominio de otro amo, tal vez perverso y malo como tantos, me horrorizaba.... Traté sin embargo, de interceder con mis compañeros por la pobre Lola; pero don Juan ni aun quiso oírlos, estaba ya prevenido por mi ama y fué implacable. Llévanse á Lola al hospital, y apenas salió de su cuidado, ¡jira de Dios! ¡la vendieron al primero que se presentó!...

—Yuca, dijo el marqués conmovido por el profundo dolor que aparentaba el negro, estás equivocado. Emirene intercedió por esa infeliz, y hasta suavizó su suerte mandándola en secreto al hospicio ropa para su hijo y algun dinero. Don Juan fué el que se mantuvo inflexible. Puedes creerme, porque yo mismo fui encargado por tu ama para dar á Lola 50 pesos que le entregue en el patio del hospital, delante del administrador, de quien puedes informarte si gustas.

Como he insinuado antes, Emirene, cuyo buen corazón jamás se desmentía, había en efecto suplicado á don Juan que perdonase á la desgraciada esclava, pero él le volvió la espalda con mal ceño, y dió orden al mayordomo que la condujese al hospital y la vendiese, no bien saliera del parto.

Emirene volvió á insistir; pero su esposo la hizo comprender en breves palabras, y con una cara que manifestaba lo poco que le agradaba semejante debate, que la moralidad de los demás sirvientes y las circunstancias agravantes del hecho exigían una reparación y un castigo correspondientes á la enormidad de la falta; y que harto hacía, por respetos á ella, en no mandarle dar una paliza, apenas estuviese en estado de soportarla, para que no fuese hipócrita, taimada y desagradecida.

En la rigidez de principios de don Juan no cabía la indulgencia para cierta clase de faltas, cuando á ellas se unía el orgullo y la terquedad por parte del criminal. Acaso un sincero arrepentimiento y la confesión espontánea del delito, hecha á tiempo, le desarmaban, y sin desviarle de lo que tenía dispuesto, le habilitaban para dar rienda suelta á sus generosos impulsos bajo la capa de la justicia y de la comisericion, sin pasar por débil ni tolerante en concepto de los malos, que era lo que mas le desazonaba.

Castigaba con la mayor severidad el libertinaje entre sus esclavos, porque no solo les concedía siempre su permiso para casarse, si que tambien les facilitaba los medios para hacerlo, les regalaba, y todos los años el día de su natalicio, tanto en la ciudad como en el campo, declaraba libre al matrimonio que, por

su buena conducta y laboriosidad, se había hecho acreedor á semejante merced.

Esto explica su insólita resistencia á las súplicas de su esposa. Fenómeno extraordinario, que para realizarse necesitaba una causa tan poderosa como la espuesta.

Bien convencido estaba Yuca de que no había sido Emirene, sino don Juau, quien se mostró inexorable con Lola; y sabía mejor que el marqués, los beneficios que la dispensara su ama; pero conveniale para su plan urdir una fábula que deslumbrase al de Araure, y tuviese todas las apariencias y visos imaginables de verdad. Conveniale ante todo, justificar el supuesto odio que abrigaba contra Emirene; y como una consecuencia necesaria, el deseo de vengarse. Conveniale mostrarse dominado por una idea interesada y egoísta, siquiera estuviese semi-dignificada por el fin que se proponía: alcanzar su libertad. Conveniale ademas, aparecer, como obrando de motu proprio, con gran sigilo, sin mas móvil que su voluntad, sin mas confidente que sus agravios. Y conveniale, en fin, infundir confianza hasta la médula de los huesos á su titulado protector, para desorientarle, alucinarle y embaucarle con mas destreza que un prestidigitador á un público ilustrado, harto de ver espectáculos semejantes y prevenido contra él.

Sabía Yuca que la menor torpeza por su parte bastaba para que se pusiese en guardia, y sospechando que era víctima de alguna farsa, preparase una contrafarsa, y como tantas veces, en vez de ser víctima fuese verdugo de quien pretendió burlarle.

Felizmente para bien de los necios y de los que no lo son, sucede con demasiada frecuencia, que los hombres mas suspicaces tienen sus ratos de estupidez en que el pensamiento se les vuelve mas obtuso que el olfato á los peces, en quienes este sentido es absolutamente nulo, al decir de los naturalistas.

El marqués cayó como un topo en el lazo que le tendía el esclavo: acaso por que le parecia imposible que bajo aquellas facciones toscas y ateizadas, se abrigase un noble corazón y una robusta inteligencia, y porque no era en verdad creible que un miserable esclavo, agobiado bajo el peso de su cadena y acostumbrado á doblar la rodilla ante el blanco mas despreciable, tuviese la audacia de pretender engañarle y mofarse de todo un excelentísimo señor marqués.

El vivo interés que se tomaba por su desgracia, llenó, pues, de íntima satisfacción á Yuca, que conoció había surtido su ardid el efecto que esperaba, abriéndole ancho campo para llevarlo adelante. Así fué que en vez de manifestarse consolado, y creer lo que le decía acerca de las bondades de Emirene para con Lola, aprovechó hábilmente esta ocasion para desatarse en improperios contra su ama, y calumniándola aumentar de este modo los celos y la ira del marqués.

—No crea V. E. mi señor, añadió, que en su empedernido corazón se abriga ningun sentimiento generoso. Si hace algun beneficio es por ostentacion y para que se diga que es buena y caritativa; pero en realidad, su único objeto es engañar á los que no la conocen. ¡Oh! es la muger mas aleve, mas engañadora y mas falsa que existe!...

—En eso no vas desacertado, murmuró el de Araure entre dientes.

—¿Querrá V. E. creer, continuó Yuca con fingida naturalidad y risible aire de indignacion; querrá V. E. creer que, amándola tanto mi buen amo, desviándose por complacerla, cuenta ya con V. E. cuatro amantes, en el corto espacio de dos años que lleva de casada?...

—¿Qué dices? preguntó furioso Tedarra con voz convulsa, clavando en el negro una mirada fulmínea y amenazadora.

—Digo y repito, contestó Yuca sin inmutarse, que ha tenido ya cuatro amantes secretos, conocidos de todos los criados de la casa, y que todos á escepcion de uno, han entrado despues de media noche en este mismo sitio donde acostumbraba citarlos.

—¿Su nombre?... ¡Su nombre!... gritó el marqués ahogándose de rabia.

—1.º El virey: 2.º el conde de Abancay: 3.º don Carlos de Alzibar, el poeta.... ese que compone tan lindas décimas: y 4.º V. E.

A medida que iba pronunciando Yuca el nombre de sus rivales, la sangre se le subía al marqués á la cabeza, y su rostro se coloreaba como iluminado por una luz infernal: la hiel de la envidia y de los celos abrasábale las entrañas, y dilatábase su pecho como si se agitase dentro un enjambre de escorpiones voraces.

El astuto siervo había tenido la habilidad de escoger las tres personas que concurrían con mas frecuencia á casa de don Juan, y á las que Emirene demostraba mas amabilidad por razones muy fáciles de comprender. Al virey por vanidad; al conde de Abancay por la amistad que la unía á su esposa; y al poeta, por simpatías de afinidad artística y por la soberbia estocada que llevó en su defensa: pero aunque los tres no se apartaban de la regla general en cuanto á echarla flores y requiebros, ninguno tuvo bastante presuncion para creerse capaz de merecer algo mas que una sincera y amistosa correspondencia.

Los dos primeros eran veteranos, y el tercero tan encogido, que, como él mismo decía, le daba fiebre cuando la veía; lo que equivalía á confesar que se quedaba atontecido, deslumbrado y atónico en su presencia, como un buho á la fulgurante claridad del sol.

La generalidad que se pára en la superficie y nunca en el fondo de las cosas, creía sin embargo que alimentaban pretensiones y tal vez fundadas esperanzas. La maledicencia no vacilaba en afirmar que si el virey no era su amante, era porque no se le antojaba: pues Emirene, al decir de algunas de sus oficinas y benévolas (con el prójimo) amigas, se volvía de caramelo y perdía los cinco sentidos cuando S. E. la sacaba á bailar.

No es extraño por lo tanto, que estos tres nombres hicieran una impresion tan súbita, tan penosa y profunda en el marqués, ni que se encolerizase y perdiese la razon hasta el extremo de desahogarse, diciendo á voces, mientras se paseaba precipitadamente de una pared á otra:

—¡Infame!... ¡traidora!... ¡me ha engañado como á un chiquillo!... ¡A mí que estoy harto de engañar!... ¡A mí que me precio de experimentado y conocedor de las mugeres! ¡Soy un imbécil! ha tenido ya tres amantes, que todos... ¡y yo que la trataba con tanto respeto y miramientos, haciéndole el amor como un estudiante de quince años!... ¡Voto al diablo! ¡cómo se habrá reído la muy... aleve. ¡Oh! ¡juro que me las ha de pagar todas juntas esta misma noche, ó mañana tendrá abundante material la crónica escandalosa de Lima!

Y volviéndose á Yuca que seguía todos sus movimientos con encubierta alegría, díjole sin poder contenerse:

—¡Por tí, bruto, salvaje, estúpido, me pasa esto!... Tú tienes la culpa, animal, de no estar ya vengado. ¿Por qué te apareciste cuando debias haberte hecho el muerto?...

—Fué tan fuerte y doloroso el grito que lanzó mi ama, repuso el negro abriendo los ojos como asustado, y enseñando la doble fila de su blanca dentadura al través de sus rojizos labios, que yo creí que V. E. la mataba, y como me interesa que viva...

—El demonio que te entienda, no hace mucho asegurabas, que todo tu anhelo era vengarte.

—Sí, mi señor; pero al mismo tiempo deseo ser libre y libertar á mi Lola. Mi plan era acumular pruebas, sorprender á la señora, si era posible, con el contrabando en la mano, y cuando estuviese seguro de causar su ruina con una palabra, decirselo y amenazarla con descubrir su secreto á mi amo, si no me daba la cantidad que necesito.... y estoy cierto que me la dará, ¡oh! me la dará cuanto antes.... pero despues que me la entregue y sea yo libre.... ella sabrá quien es Yuca y si Yuca olvida ni perdona un agravio!

El plan no podía estar mejor combinado; plan propio de un esclavo, que en su misma nulidad é impotencia, envilecido por el crimen ageno, trata de rehabilitarse y recobrar su existencia de hombre, valiéndose del crimen cometido por otros. Traslucíase en él hasta el espíritu diabólico de su raza; aquella sed inextinguible de venganza que anima á los negros que han sido cruelmente vejados, y que los hace implacables cuando se les presenta la ocasion de satisfacer su encono: espíritu que les presta valor para emplear por años enteros con una paciencia y tenacidad admirables, el disimulo y la astucia, día á día, hora á hora, minuto á minuto, hasta conseguir el fin que se han propuesto.

Quedó el marqués deslumbrado con la rápida exposicion de Yuca, y le miró fijamente como buscando en su fisonomía la lógica y fuerza de raciocinio que revelaba en sus ideas; pero el rostro del negro era una máscara de ébano impenetrable, y las miradas de Tedarra se embotaron en el reluciente barniz que la cubría.

Todos sus recelos se desvanecieron, y se abandonó ciegamente á la confianza que le inspiraba.

Resolvióse en consecuencia, á utilizar sus servicios sin demora, y á valerse de él, como de un instrumento adecuado para cualquier uso á que se le destinase, casi seguro que con tan poderoso aliado, la victoria, un momento indecisa en la obscuridad, volvería á reconocer á su favorito al resplandor de las antorchas, ó á la luz del nuevo día.

—Tu plan, Yuca, es muy bueno, respondióle, pero por ahora necesito variarle. Corre de mi cuenta tu libertad y la de Lola. Ahí tienes ese dinero, ya es tuyo: mañana temprano pásate por casa y te daré lo que falte para completar la cantidad que necesitas.

—¿Sereis tan generoso? exclamó él, cogiendo ávida-mente el bolsillo que le presentaba el marqués, y llenándole á toda prisa con las monedas desparramadas sobre la mesa; ¡ah! pedidme la vida, señor, que estoy pronto á dárosela en pago de vuestra bondad!

—No necesito tu vida, sino tus servicios: hasta que yo te prevenga seguirás como hasta aquí; que nadie trasluzca nuestro secreto: forja una mentira para encubrir tu herida.... di que te has dislocado un brazo u otro cualquier embuste.

—¿Qué! señor, sino es mas que un pinchazo insignificante; con un poco de bálsamo que me ponga esta noche, mañana estoy curado.

—Te encargo sobre todo la reserva con Emirene: que no desconfie que hay connivencia entre los dos, y mucho menos que eras tú el que estaba debajo del sofá.

—Descausad en mí. Dejaré de espiarla por algunos días, si os parece.

—Si: pues si ella lo echase de ver, creeria que estabas comisionado por su marido y me costaria doble trabajo persuadirla. Ahora es preciso que vayas, veas donde está, y con gran reserva aproveches la primera

coyuntura que se te presente de hablarla sin que lo noten, y la digas de mi parte que venga si quiere salvar la vida de don Juan: que la espero aquí hasta las nueve, y que pasada esa hora será inexorable. No olvides prevenirle que me has encontrado en el segundo patio, sin sombrero, y hablando solo como un loco. Espero la respuesta: no tardes.

Salió Yuca y el marqués se dejó caer en el sofá, poniéndose á meditar en tanto que volvía.

CAPITULO VI.

Quien espera desespera (1).

Renacieron las dudas del marqués, al sentir los últimos pasos de Yuca perderse en el corredor. Sus celos adormecidos en el calor de la conversacion, despertáronse terribles y punzadores, al encontrarse solo frente á frente con sus recuerdos. Recapituló una á una las estrañas revelaciones del esclavo, y por una serie de silogismos muy humillantes para su amor propio, dedujo lógicamente que habia sido engañado como un niño. Luego figurábase en su mente la felicidad que suponía habían gozado sus rivales, y al paso que se aniquilaba su primera halagüeña ilusion, y no encontraba en el diccionario de la maledicencia voces bastante duras y obscenas para calificar la conducta de Emirene, sentía aumentarse el ansia de poseerla y de juzgar por sí mismo, si era digna en efecto, de ser tan codiciada por todos. Estrañas anomalías del corazon humano que nos demuestran claramente la insuficiencia de la voluntad, en tantas situaciones, en las que hace el hombre lo contrario de lo que quisiera, y conociendo el mal, deseando tal vez sinceramente alejarse de él, encuentra dentro de sí mismo una fuerza irresistible que le empuja en direccion opuesta y le obliga á obrar contra sus deseos con plena conciencia, y lo que es mas, arrepentido á veces de su estravío antes de cometerle.

Tocante al enojo del marqués, en la suposicion que él creía ciertas las patrañas de Yuca, fuerza nos será convenir, á despecho de algunas de nuestras bondadosas lectoras, que acaso tomen á mal defienda el proceder tan poco galante del de Araure, fuerza nos será convenir, repito, que le sobaban razones para bramar con mas furia que un toro salvaje, al sentir en las astas el lazo por vez primera, y rodar entre una nube de polvo, al vigoroso empuje del corcel dirigido por un diestro gaucho.

Tengan muy presente, las que no me crean sobre mi palabra, por si les llega el caso de poder aplicar la teoría que voy á esponder, tengan muy presente y no olviden que jamás los hombres perdonan que se les engañe en ciertas materias, de suyo harto vidriosas y transparentes, para que yo, pobre ignorante bobalicon, me empeñe en profundizarlas.

La muger que hace formar una alta idea de su virtud al hombre que la solicita, y aceptando su amor ó fingiendo corresponder á él, le confiesa y le llega á persuadir que no cede á sus ruegos porque no quiere ni puede faltar á sus principios, cuando los quebranta ó los ha quebrantado antes mas veces de las que permite la buena crianza, ó de las que cambia de matiz un digno representante de la nacion, hambriento de turron, que se le escapa de entre los labios al ir á hincarle el diente, por caer al mismo tiempo el ministerio que se lo otorgaba; esa muger, apenas su amante descubre la verdad, pierde á sus ojos la aureola de pudor que la embellece, el perfume de castidad y pureza que la seguía á todas partes, el prestigio de su inocencia, que era una invisible coraza en la que se embotaban hasta los pensamientos del que condenando sus desdenes en alta voz, la admiraba y absolvía en secreto, y se humillaba ante ella, como si fuese un ser superior que participase de la naturaleza y de los atributos de la Divinidad.

Y nada importa que el que la consagrara su cariño, obrase con sinceridad ó arrastrado de un sentimiento puramente egoista y mundano. Nada importa que el amante fuese un hombre corrompido, sin delicadeza ni conciencia como el marqués, ó un candoroso doncel.

Aun virgen á las primeras
Impresiones del amor (2)

rendido, apasionado, noble, entusiasta, veraz como sus diez y siete primaveras; en los dos su perfidia produciría el mismo efecto, y sin disputa, la indignacion y el despecho serian mayores en el primero que en el segundo, por la sencilla razon de que los mas viciosos, los que tienen mas motivos para ser indulgentes y callar, son siempre los mas intolerantes, implacables y meticulosos.

Está probado que los desengaños nos afectan y hieren en razon directa de la dosis de amor propio que nos arrebatan; lo mismo que apreciamos las cosas por los sacrificios que nos cuestan. Y no hay duda que el amante que pone á rédito su paciencia y su tiempo (y á veces su bolsillo) sin omitir trabajo ni diligencia, para que los tres le rindan la utilidad que es consiguiente, y al cancelar sus cuentas se halla con que, mientras él no se atrevia á mirar á su adorado tormento con ojos parteros y pedigüños, como decia un ex-poeta carbonero, mi compinche, ni á tomarle la mano, de miedo que le diese

de baja ó le espidiese pasaporte para la ciudad de Calabazas, con escala en ir por lana y volver trasquilado, otro prójimo se estasiaba contemplándola horas enteras, entrelazaba la una mano con la suya y rodeaba con la otra su cintura, reclinaba lánguidamente la cabeza en su seno....

Y es muy duro, muy doloroso en verdad considerar el tristísimo papel que hace uno entretanto, victima de su credulidad y de los inícuos artificios de una pérdida que acaso se burla con su cómplice de nosotros. ¡Dios Eterno! cuando.... ¡oh! mas vale no decirlo.

Estas consideraciones y otras semejantes cruzaban en torbellino por la frente del marqués, aumentando su cólera, como es de suponer, las circunstancias agravantes del hecho: pues, aunque reprobable, un solo galan podia en su concepto disimularse: pero tres en tan poco tiempo y en una edad tan temprana, era á sus ojos un escándalo inaudito y sin igual en los fastos de la crónica de la chismografía y del libertinage; escándalo que debía con fundamento llamar la atencion de los inteligentes en el ramo, y conquistar á Emirene un renombre imperecedero entre las adeptas de Mesalina.

¡Ah! si el amor de Tendarra hubiese sido una de aquellas pasiones sublimes y generosas, que no se sienten tal vez sino en los primeros y en los últimos años de la vida, cuando el hombre se ase al objeto de su cariño como el naufrago á la última tabla que debe salvarle, una voz secreta se habria levantado en su corazon para defender á Emirene y absolverla, á pesar de todas las apariencias y testigos que depusiesen contra ella. Mas no era amor lo que sentía.... era lujuria, y la lujuria, en vez de elevar al hombre del todo en que se arrastra, le encenaga en él mas y mas. Su llama devoradora se nutre con lo mas grosero de la fria realidad. Vive únicamente de sensaciones y necesita continuo alimento para no apagarse. Para ella la pasion no es mas que un medio de llegar al placer, blanco y fin de todas sus aspiraciones. Y como es un instinto puramente animal, como degrada cuanto toca, no siente por la persona amada el respeto ni delicadeza de sentimientos necesaria para juzgarla superior á la calumnia y rechazar todo lo que tienda á rebajarla y envilecerla. El amor verdadero, por el contrario, es generoso hasta la abnegacion; y necesita dudar primero que el sol alumbra, necesita muchas pruebas sucesivas para creer culpable é indigno de su aprecio al ser que adora con toda la fuerza de su alma. Y esto explica la debilidad de muchos hombres y mugeres, que á pesar de ser engañados veinte veces, veinte veces acuden á los brazos del que pagó tan mal su cariño, apenas él quiere tomarse la molestia de pretender justificarse, ó simplemente de anudar sus rotas relaciones, echando un velo sobre el pasado.

Tambien el marqués, en la cegueda de su delirio, hubiera aparentado de buena gana perdonar á Emirene, si ella quisiera prestarse voluntariamente á sus deseos, cada vez mas fogosos é indomables. Nunca ansió con tal vehemencia realizar una esperanza mas halagüeña. En mal hora tocaron sus atrevidos labios las suaves megillas de la linda criolla, y respiró su aliento embriagador! ¡En mal hora su osada mano oprimió un momento sus delicadas formas, al través de la ligera gasa que las defendian!... Sus labios guardaron la impresion del beso robado, y sus nervios la dulcísima impulsión que los electrizó, al sacudir toda su máquina y sumergirle en un océano de felicidad la idea sola de que la tenia en sus brazos y que nadie podia arrebatárle su ventura. Momento de embriaguez, de arrebatado y enagenacion mental, cuyo indefinible encanto sienten y comprenden mejor que las débiles, las organizaciones vigorosas de cierto temple en las que predomina la fuerza bruta y la energia físico-nerviosa.

Acaso parecerá contradictorio á primera vista que un hombre de las ideas y antecedentes del marqués, tan favorecido por la fortuna, acostumbrado á triunfar siempre del bello sexo, gastado por los placeres y hastiado de aventuras de todo género, deseara con tanto ahínco y diese tanta importancia á la presente.

Basta, no obstante, recordar las circunstancias que concurrían en el objeto de su pasion salvaje, pues tal nombre merece el ciego frenesi que le arrastraba hacia la encantadora limeña, para comprender que su conducta era muy natural y estaba en perfecta armonía con sus principios.

¿Qué le faltaba á Emirene para cautivar el alma, conmover los sentidos, excitar el entusiasmo hasta el último punto, y lisongear el orgullo del feliz mortal que alcanzase sus favores?... ¡Nada!

La sublime belleza de su angélica fisonomía; la gracia y flexibilidad de sus formas artísticas, que hubieran podido servir de modelo al cincel de Canova; su indisputable talento; su natural coquetería no estudiada; la travesura de su ingenio; la bondad de su corazon; el espíritu de caridad ardiente que la animaba; la brillante posicion que ocupaba merced á las riquezas y relaciones de su marido; el lujo y esplendor régio de que hacia alarde, desde la peña orlada de brillantes con que sujetaba sus negros cabellos al levantarse, hasta las chinelas de terciopelo verde bordadas de oro con que cubria sus reducidos pies, casi tan pequeños y graciosos como su preciosa mano; desde el suntuoso lecho en que dormía, hasta el último dígito de su elegante tocador, desde la espléndida sala hasta el célebre gabinete de estudio; desde el brioso Chileno en que solía montar los domingos, hasta el flamante, coche inglés y los normandos frisonos que llamaban la aten-

cion de todos en los paseos públicos: los elogios y las demostraciones de aprecio que le prodigaban cuantos la veían; el ansia con que solicitaban acercarse á ella; las distinciones del virey, el monarca verdadero en América; y hasta la tenaz porfia con que la asediaban, donde quiera que iba, los primeros pisaverdes de la alta sociedad.... todo, todo contribuía á prestarla un hechizo irresistible, una magia fascinadora capaz de trastornar la cabeza mejor organizada, y comunicar una centella de idealismo al alma mas positiva, al corazon mas seco y helado por los desengaños de la vida ó la nieve de los años.

Angel en forma de muger, ella realizaba en la tierra el paraíso prometido en otra existencia: hacia creer en Dios: decíase uno involuntariamente al mirarla: es imposible que semejante maravilla sea un pedazo de barro animado: despertaba la aletargada inspiracion en la mente del poeta, del músico y del pintor: parecia predestinada para infundir una de esas grandiosas pasiones de que se mofa la generalidad en su interior ó abiertamente, cuando las ve puestas en accion en los dramas y novelas; primero, porque no es capaz de sentir las ni comprenderlas, y segundo, por que los tipos que se le ofrecen por modelo, carecen por lo comun de las verdaderas sombras y matices que en la vida real empañan los mas bellos caracteres. A fuerza de querer espiritualizarlos ó estereotiparlos (permítaseme esta frase) en el molde que el autor se forja, pierden su aplicacion práctica, y cuanto mas acabados bajo el punto de vista artístico, preséntanse mas incomprensibles para la generalidad, que no acostumbra lanzar sus ojos mas allá del menguado horizonte que la rodea: tal es mi humilde opinion. (1)

Reasumiendo todo lo espuesto, y aplicándolo á la heroína de nuestra historia, pareceme haber probado hasta la evidencia, que, por su situacion, cualidades personales y medios de brillar, se encontraba en el caso y debía necesariamente inspirar á los hombres capaces de elevarse hasta ella, adoracion, delirio, amor sublime, y á los espíritus vulgares y hasta á los libertinos estragados como el de Araure, entusiasmo, fascinacion de los sentidos, deseos vehementes é indomables, embriaguez del orgullo satisfecho.

Bastaba contemplar á este último, prestando el oído en la puerta del gabinete, al menor ruido que le parecia sentir, para corroborar la inapelable exactitud de nuestro aserto. Leíanse en los temblorosos pliegues de su frente, la exaltacion y la fiebre que le devoraban, á medida que daba rienda suelta á sus descabellados pensamientos, fija la imaginacion en Emirene, y girando sus ideas en torno de ella, como un satélite al rededor de su planeta, sin poder romper la poderosa atraccion que las impelia hacia su centro.

—No hay remedio, se decia paseándose á grandes pasos de una pared á otra, es forzoso que esa muger me pertenezca. Sino la poseo, su recuerdo envenenará todos mis placeres; me perseguirá noche y dia, como un remordimiento. El tiempo y las dificultades aumentarán mi deseo, como se hincha y desborda un torrente con los diques con que se intenta sujetarlo. El único medio de apagar mi ilusion, es ahogarla en sus brazos. Al fin no es mas que una muger lo mismo que las demas, y me sucederá lo que con todas.... me hastiará al otro dia de haberla humillado.... y la humillaré, si.... ¡Si! es necesario, es indispensable que castigue su coquetería. Me cuesta muchas desazones y malos ratos, me ha hecho sufrir mucho, ha embravecido demasiado mis sentidos, ha pisoteado demasiado mi orgullo, ha escitado demasiado mi vanidad, para que no desee triunfar en la porfiada lucha á que ella misma me ha provocado!... ¡Oh! ¡no hay remedio!... Es forzoso que esa muger ó demonio me pertenezca, de cualquier modo que sea, cueste lo que cueste, suceda lo que suceda.

El reloj de la lejana catedral, dió nueve monótonas campanadas, cuyos lúgubres tañidos se perdieron en el espacio, vibrando á la distancia como el último quejido de un moribundo. Embebido el marqués en su monólogo, no las oyó; pero si las que repitió el reloj de sobremesa, que estaba arreglado por el de la catedral. Al primer golpe de la primera musa sobre la metálica campana, fijó él sus ojos en la argentada esfera, y viendo que se habia cumplido el plazo y que ni Yuca ni Emirene aparecian, perdió la esperanza de concluir su aventura allí, y en aquella misma noche, como tenia resuelto; si bien se proponia no desistir de su intento, y hacer un postrer esfuerzo para conseguir de ella que fuese al parage convenido antes.

Lisongeábase con la idea que Yuca no habria podido hablarla, y que apenas la hipócrita (dictado nuevo, gran cruz que acababa de concederle, en atencion á sus méritos contraídos en el triunvirato citado), le viese dispuesto á llevar á cabo sus amenazas, se presentaría á todas las condiciones que él se dignase imponerla.

¡Tan grande era la confianza de Tendarra en las pruebas que tenia en su poder! tan terrible impresion produjeran sus amenazas en la imprudente jóven que las puso en su mano, sin acordarse ni prever que llegaría un dia, en que podría arrojar la máscara: y como un malhechor, reclamar, poniéndole la punta de un puñal al pecho, el cumplimiento de los falsos juramentos y protestas de cariño, con que una niña coqueta y poco reflexiva pretendió verle arrodillado á sus pies, para tener la satisfaccion de vengarse de él, sien-

(1) Perifrasis de este adagio.

(2) Zorrilla: Principe y rey. (30)

(1) Influencia de la riqueza, sobre el valor de las prendas físicas y morales. (31)

do ella la que quedó prisionera en el mismo lazo preparado para su humilde adorador. ¡Dios castiga sin piedra ni palo!

«Escarmentad, oh mesdames! aficionadas á burlaros del prójimo, escarmentad en cabeza ajena! No me obligeis á creer os agrada que os suceda lo que á Emirene, para tener el gusto (1) de pasar por víctimas, siendo verdugas. Escarmentad, malditas; mirad que á lo mejor,

«Tira el diablo de la manta....»

(Se continuará.)

DON JOSE NICOLAS DE AZARA Y PERERA.

BIOGRAFIA.

Debiendo inaugurarse á fines del presente mes, en Barbuñales de Aragon, un monumento que á la memoria de este ilustre español ha levantado su sobrino el señor marqués de Nibbiano, nos parece oportuno publicar los siguientes apuntes sobre su vida y sus obras, que debemos á la amistad del señor don Basilio Sebastian Castellanos.

Nació Azara en Barbuñales de Aragon, provincia de Huesca, el día 5 de diciembre de 1730, de una de las familias mas ilustres y de esclarecida nobleza de aquel antiguo reino. Estudiando en la universidad de Huesca, en donde se graduó de doctor en jurisprudencia, pasó á Salamanca en 1749 agraciado por el rey con una beca en el colegio de San Salvador de Oviedo, en el que perfeccionó sus vastos conocimientos, y en el que sirvió, mientras estuvo en él, la plaza de bibliotecario. Llegando á la corte la fama de su claro saber y privilegiado talento, fué llamado á ella por Carlos III, que le confirió una plaza de oficial en la secretaría de Estado en 1760. La facilidad y tino con que desempeñó cuantos asuntos se le cometieron, le valió ser nombrado en 1763 agente general de España en Roma cerca de la santidad del papa Clemente XIII en circunstancias bien difíciles, que supo vencer con su superior talento.

Desde su llegada á la capital del orbe católico, fué tal el aprecio y estimación que supo grangearse de la corte pontificia, de todos los romanos y de los ilustres extranjeros que la visitaban, que su casa llegó á ser bien pronto el punto de parada de todos los sabios, el refugio de los artistas y hombres de letras, y el mejor liceo ó academia científica, literaria y artística de Roma.

Luego que falleció Clemente XIII, la influencia de Azara en el Vaticano contribuyó bastante para la elección del cardenal Ganganeli, su amigo, el cual fué proclamado papa con el título de Clemente XIV. Cumpliendo con su deber como agente de España, tuvo Azara una parte muy principal en la extinción de la compañía de Jesus, decretada por este pontífice, á petición de las testas coronadas de la casa de Borbon, si bien fué desde entonces el protector mas magnífico de los ex-jesuitas que se distinguieron por su saber, los cuales hallaron en su palacio una cariñosa hospitalidad.

Elevado al pontificado Pío VI á la muerte de Clemente XIV, en cuya elevación tuvo gran parte el caballero Azara, según documentos y cartas autógrafas de este papa, creció la influencia de nuestro caballero en el Vaticano, y con ella el ascendiente de España en Roma, hasta el punto de consultársele todos los negocios graves, la que se aumentó con su nombramiento de ministro plenipotenciario en 1784, en que sucedió al marqués de Grimaldi.

Arbitro Azara, por decirlo así, de los destinos de Roma, no solo atajó en medio de su carrera de reformas eclesiásticas á su amigo el emperador de Austria José II, con el que arregló personalmente las diferencias que tenía con el papa, á Leopoldo, gran duque de Toscana, y al duque de Parma Fernando I, que se hallaban indispuestos con el espresado pontífice, si que tambien detuvo al coloso del siglo, al indómito Napoleón Bonaparte, cuando en 1796 se dirigía á Roma con su ejército para castigar los ultrajes que suponía la Francia republicana la habia hecho el pontífice y los romanos, logrando de aquel genio de la guerra el armisticio de Bolonia. Por este hecho fué proclamado el libertador de Roma, nombrado uno de sus senadores, y obtuvo el honor de que se le acuñase una medalla con su busto, cual es bien conocida en los museos de medallas y de los numismáticos, y de que se pintase su retrato con entusiasmo por los principales pintores, escultores y grabadores romanos.

Durante la revolución francesa, las familias proscritas del desventurado Luis XVI y de Orleans, obtuvieron de él una generosa y magnífica hospitalidad; y como el desgraciado Pío VI le debiera tambien sumos cuidados y atenciones en el tiempo de su ostracismo,

en su compañía y por su consejo, hizo la bula, por la que pudo despues ser elegido fuera de Roma su sucesor Pío VII, al que tambien hizo servicios importantes.

Nombrado Azara, en 1798, embajador de España cerca del Directorio de la república francesa que le recibió, para mas honrarle, en audiencia extraordinaria, y poco despues de Portugal para arreglar su paz con la república, escribió su preciosa Memoria sobre la pacificación general de Europa. Llevó en aquel cargo su beneficencia hasta Constantinopla, en donde alivió la suerte de los franceses prisioneros del Gran Señor, cuyo gobierno solo por su medio quiso contratar los socorros para ellos, y llegó á tal su ascendiente con el Directorio ejecutivo de la república, que solo á él respetaba entre los diplomáticos y á su petición cerró los clubs revolucionarios que declamaron contra España, y varió de sistema completamente. Por un golpe de ingenio, hijo de su privilegiado talento, para salvar el crédito español, libró á la Francia de una inminente bancarrota, por lo que mereció las bendiciones y plácemes de ambas naciones. Fué tal la confianza que tuvo en el talento y probidad de Azara el Directorio, que le encargó la formación del



Don José Nicolás de Azara y Perera.

plan marítimo de las escuadras combinadas contra la Inglaterra, el que se trabajó en su palacio de la embajada de España, y tal el amor que se le profesó, que cuando á fin de 1799 fué depuesto de la embajada por una intriga de corte, el mismo Directorio quiso mandar uno de sus miembros á Madrid para manifestar, en nombre de la Francia, que solo á Azara se reconociera por embajador, lo que se hubiera llevado á efecto sin las súplicas y formal repulsa del caballero que se opuso á ello obstinadamente.

Habiendo dejado Napoleon el mando del ejército de Egipto al general Kleber, llegó de improviso á París pocos días antes de la salida de Azara, con el que se vistió al instante, y al abrazarse estos dos grandes hombres y amigos, no pudo menos de formarse el plan que, á pocos días de la salida del caballero de aquella capital, puso el poder en manos de Napoleon, lo que se tuvo entonces, y lo fué en efecto, por una fortuna para la Francia que se hallaba en la mas espantosa anarquía, y de consiguiente la España, su aliada, no pudo menos de ganar algo en evitar aquel desorden que amenazaba turbar su tranquilidad. Azara informó á Napoleon del estado del país, y le comunicó su opinion sobre lo que podia hacerse para defenderle de la anarquía, resistiéndose á quedar en París, como queria aquel, que le ofreció colocarle en el puesto público que mas le halagase, ó mantenerle en la grandeza que desease con tal de que se quedase á su lado.

Reducido Azara á la vida privada, se dirigió á su casa de Barbuñales despues de haber acompañado y servido en Barcelona á su desgraciada amiga la princesa Adelaida, madre de Luis Felipe, último rey de los franceses, y aquel pueblecito de Aragon empezó á ser considerado, porque de toda Europa acudían personas á visitar á nuestro Azara, y los correos españoles y extranjeros le llevaban el aprecio de los sabios y de los hombres de bien.

Las instancias de Napoleon y de su ministro Talleyrand, que no cesaron de pedir á Carlos IV nombrase ministro de Estado á Azara ó le repusiese en su

embajada, unido al aprecio grande que le tenia el rey y el príncipe de la Paz, fué causa de que, á la caída del ministro Urquijo, se le ofreciese la cartera de Estado, y de que, no queriendo admitir este cargo, se le volviese á nombrar en 1800 embajador en París.

Dirigiéndose á Madrid á tomar órdenes, volvió á proponerse por los reyes el ministerio, pero rehusándolo de nuevo, le condecoraron con la banda y gran cruz de Carlos III, reuniendo al efecto capítulo extraordinario para él en el cuarto del rey, en cuya ceremonia la reina Maria Luisa, le cosió la placa por su mano, obteniendo en el acto unas magníficas insignias que le regaló el príncipe de la Paz: en esta ocasion era ya Azara caballero gran cruz y bailío de la orden de Malta, consejero de Estado y caballero pensionado de la misma orden de Carlos III.

A su regreso á París fué recibido con entusiasmo por Napoleon, por su gobierno, y por todos los hombres políticos y de letras de Francia, que le respetaban y apreciaban por su superior talento.

Nombrados soberanos del nuevo reino de Etruria los infantes de España, príncipes de Parma, les alojó en su casa con la mayor magnificencia y generosidad á su paso por París; y como lograrse de Napoleon, que á pesar del tratado de Aranjuez que destronaba al infante duque de Parma Fernando I, padre de los anteriores, no se le removiese de su ducado durante su vida: este agradecido soberano no solo le nombró su embajador principal en París, sino que le dió el feudo y marquesado de Nibbiano, en su ducado de Plasencia para sí y sus sucesores, dignidad que no recibió sino despues de obtener la venia del rey de España, cuñado del duque.

En esta ocasion se halló Azara en París como embajador de España cerca de la república francesa, cerca de Napoleon como presidente de la nueva república italiana, de Parma y del nuevo rey de Etruria en ambos conceptos, es decir, con seis embajadas á la vez, cosa que á pocos diplomáticos habra acontecido: ademas tenia poderes extraordinarios por todos estos estados, para representarles, mediando con la Francia y con todos los reinos que estuviesen en guerra con ella, para establecer la paz general, de cuyo benéfico proyecto fué autor como constante agitador y promovedor de la tranquilidad de Europa.

En 1801 hizo la paz entre España y Rusia; y nombrado en 1802 para representar á España en el célebre congreso de Amiens, obtuvo en él el primer lugar, y como tal firmó el primero el tratado de paz que allí se hizo, en el que logró anular todos los contratos ruinosos de comercio que teníamos con Inglaterra por los que se favorecía en nuestro país mas á aquellos isleños que á los naturales: fué mirado en Amiens con tanto entusiasmo, que llegó el caso de suspenderse en el teatro la representación para aplaudirle al entrar en su palco.

Por el mal estado de salud del nuevo rey de Etruria, se le quiso mandar á organizar y gobernar aquel reino, pero la temprana muerte del joven soberano impidió que así se verificase; así como su porfiado rehusó, hijo de su modestia, fué causa de que no fuese soberano de Malta, de cuya orden quiso Napoleon hacerle nombrar Gran Maestre.

Rota la paz contratada en el congreso de Amiens entre la Francia y la Gran Bretaña, aconsejó sabiamente Azara á su gobierno la neutralidad que aguardó España en esta segunda contienda, disminuyendo en mucho los sacrificios que Napoleon la impuso para que pudiera conservarla.

El poco tino diplomático y las rencillas palaciegas en Madrid, indispusieron á esta corte con el gobierno de la república francesa y con su primer cónsul Napoleon, el que no viendo bien al príncipe de la Paz desde que, sin contar con él, hizo la paz con Portugal, pretendió que Carlos IV le lanzase de su corte, y á pesar del empeño con que se trató de llevar esta idea por Bonaparte que amenazó con declarar la guerra á España, Azara con su política y talento, y poniendo en juego aquellos recursos oratorios y persuasivos que tanto alabó siempre aquel coloso, logró anular la buena inteligencia entre ambos gobiernos, haciendo que el francés desistiese de su empeño, con lo que libró á España por entonces de la guerra que acaso hubiera sido menos gloriosa para nosotros que la que nos afligió despues de la muerte de Azara, porque no estaban los ánimos entonces tan unidos: si Azara viviera en 1808, puede que no hubiese llegado el caso de la guerra de la independencia que pronosticó en muchas de las comunicaciones oficiales, porque hubiera podido librarnos de este mal, como lo habia hecho otras veces que se intentó, y como con mas política y mas juicio en la corte de Carlos IV se hubiera conseguido cuanto aconteció.

Disgustado Azara de las intrigas de su corte, motivadas por las disensiones intestinas de la familia real; cansado ya de trabajar, y deseoso de descansar en su querida Roma para escribir las curiosas Memo-

(1) En el original decia gusto; los cajistas, sin embargo, de motu proprio, como la constitución que dió el papa á sus puélos y que le ha salido tan cara, han puesto gusto, sustituyendo sin mi consentimiento una g á una s; y yo no me he atrevido á corregir en las pruebas esta errata, notable bajo mas de un concepto; carguen, pues, ellos con la responsabilidad. Yo me lavo las manos.

rias de los sucesos de su larga vida política que pueden decirse son la historia de los 30 años del siglo XVIII y cuatro primeros del presente, y de disfrutar de su rica biblioteca, que pasaba de 20,000 volúmenes, y de su precioso museo de antigüedades y de bellas pinturas; deseoso de disfrutar todos estos bienes, repetimos, pidió con instancia su jubilación y la obtuvo al fin del año de 1803. Libre ya de los negocios, se preparaba á pasar á Italia en compañía de su hermano don Felix, sábio escritor, naturalista y distinguido marino, cuando le atajó la muerte el 26 de enero de 1804 á los 73 años de edad. El cortejo de su entierro fué el mas numeroso que habia visto París hasta entonces, pues que asistió á él el gobierno y todas cuantas personas ilustres habia en París: traído su cadáver á España por sus hermanos, fué depositado en un suntuoso sepulcro de mármol que se ostenta en la iglesia parroquial de Barbuñales, en cuyo pueblo y en la fachada de su casa, colocará este año un sencillito, pero elegante monumento que le recuerde, su sucesor y sobrino el magnífico señor don Agustín de Azara, actual marqués de Nibbiano.

El nombre de Azara se ve citado con elogio en casi todas las obras de historia ó de política que se han impreso en España y en el extranjero de un siglo á esta parte, y muy particularmente en las vidas de sus amigos los pontífices citados, de José II, emperador de Alemania, del sucesor de este, Leopoldo, de Gustavo III de Suecia; Catalina II de Rusia; Napoleon, Luis XVIII, Luis Felipe, reyes de Etruria, reyes de Portugal y de Nápoles, duques de Parma, Talleyrand y otros célebres de su época, no pudiéndose escribir la de los jesuitas, ni la de los reyes de España, príncipe de la Paz y personajes distinguidos españoles de su tiempo, sin hacer mención honorífica de tan ilustre español al tocar muchos puntos, en los que hizo un papel muy principal.

El caballero Azara está reputado con justicia por uno de nuestros mas distinguidos hombres de Estado y mas célebres diplomáticos; tenido por uno de los literatos españoles que mas se han distinguido por su vasta erudición, grandes conocimientos y pureza de nuestra lengua. Se le cuenta entre los mas sábios anticuarios, opinion que justifican sus excelentes escavaciones en Tivoli y en otros puntos, y la famosa colección de bustos griegos y romanos que legó á Carlos IV, y que hoy se admiran en el Real Museo de escultura de Madrid. Se le considera como eminente artista, á la vista de su precioso Comentario á las obras y tratado sobre la belleza, de su amigo el famoso Mengs, de quien fué protector asi como de su familia, y por sus buenos grabados al dulce y las excelentes porcelanas que trabajó. Y en fin, ocupa un distinguido lugar entre los hombres probos, generosos, virtuosos y buenos patriotas, por su honradez y energía, su incorruptibilidad, beneficencia y liberalidad, y por los grandes servicios que hizo á su nación y á sus conciudadanos, no faltándole ninguna de las buenas dotes que hacen al hombre ser venerado y admirado de sus semejantes, ya pertenezcan á la virtud ya á la sabiduría.

Ademas de los muchos trabajos diplomáticos y literarios que no han visto todavía la luz pública, se conocen de Azara las siguientes publicaciones: La edición en 8.º con notas de las obras de Garcilaso de la Vega, hecha en 1763 en las que puso un precioso prólogo sobre la lengua castellana. Las Obras del famoso pintor Mengs, ilustradas con notas, la vida de este artista y el citado Comentario á la belleza, publicadas en 1780. La preciosísima edición ilustrada de la vida de Ciceron que tradujo del inglés, Madrid 1790. Las obras del famoso naturalista Browles, con notas y prólogo suyo, publicadas en 1782 y 1789 en Madrid. La lujosa edición de las obras del poeta español Prudencio, Parma. La de las exequias de Carlos III con su elogio, Roma 1789. Obras de Horacio, Parma 1791. Obras de Virgilio, Parma 1793. La religion vengada, poema de su amigo el cardenal Bernis, Roma 1793. Gli Animi Parlanti, de su amigo el poeta abate Casti. Memoria sobre la beatificación del venerable Palafox, Roma. Sus memorias publicadas en 1847, y otras varias obras de que se da razon ó se insertan en la estensa vida civil y política de este ilustre español, que se está imprimiendo; sin contar lo mucho que ayudó á los célebres escritores Milicia, Visconti, Arteaga y otros en sus obras, segun lo dicen ellos mismos en cartas originales.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

BIOGRAFIA.

DON JUAN ANTONIO ZARATIEGUI.

I.

En la antigua Oligitum, y moderna Olite, que debió su fundación al godo Suintila; en esa ciudad asentada en una de las pintorescas llanuras de Navarra y a la margen derecha del Zidacos, nació Zaratiegui y Celigueta el 27 de enero de 1804. Su honrada familia no hizo brillante su cuna por la profusión de riquezas, pero sí feliz por su amor y cariñosos desvelos que bastaron para deslizar dulcemente los breves días de la infancia del tierno niño, que ya en sus pueriles años

comenzó á alimentar su espíritu con los primeros rudimentos de la instrucción, que tuvo que abandonar por carecer de facultades para seguir una carrera literaria.

En sus nuevas ocupaciones curiales no abandonó el joven navarro los libros, á cuya lectura se entregaba con pasión, y especialmente si eran de historia ó trataban de guerras, de las que se demostraba entusiasta; por instinto y por pasar sus años juveniles oyendo siempre los clarines de guerra y el estampido de los cañonazos, sobrada causa para inflamar en bellicos deseos su flexible corazón, como se inflamaban los de todos los españoles que amaban su independencia. Esto habia hecho renacer la antigua costumbre en Navarra, de hacer los niños un ensayo de lo que veían en los militares, y Zaratiegui asistía á estos simulacros pueriles, en los que le daban el mando por su particular estrategia, con la cuales condujera muchas veces á la victoria. Para mejor ejecutar su papel arengaba á sus subordinados, componiendo al efecto proclamas, tomando los trozos que le parecían mas oportunos en las historias que leía, haciendo á veces en sus arengas el extraño maridage de César con Cárlo-Magno, y de Cárlos I con Alejandro.

Al enarbolar Quesada en Navarra en 1822 el estandarte contra el sistema constitucional, se unió nuestro joven, que apenas contaba diez y ocho años, con otros cincuenta de su edad, á una partida realista mandada por don Lorenzo Unzué, que en una noche de julio del mismo año se presentó en Olite. Se incorporaron con don Santos Ladron que estaba organizando fuerzas, y nombró á Zaratiegui su secretario, cargo que desempeñó durante la guerra, con el cuidado de redactar el Diario del ejército. Por su valor en la acción contra Salcedo el 26 de marzo de 1823, en la de Tamarite y otras, y por sus servicios, llegó hasta obtener el grado de capitán y la cruz de San Fernando de primera clase.

En 1824 vino Zaratiegui á Madrid en compañía de don Santos Ladron, y quedó destinado en la inspección de infantería, hasta que reemplazado Aimerich por Llauder que se propuso liberalizar sus oficinas, le mandó incorporar á su regimiento, 1.º ligero, que se hallaba en Zaragoza. Marchó en setiembre de 1826, y en Zaragoza tuvo por gefe á don Tomás Zumalacárregui, teniente coronel de su cuerpo, antiguo compañero y amigo suyo, á las órdenes de don Santos Ladron. Siguió Zaratiegui á su regimiento en todas sus vicisitudes, ya en el tiempo que estuvo de observación en el ejército del Tajo, ya en las guarniciones de Valencia, Cartagena, Manresa, Vich, Seo de Urgel, Gerona y otros puntos, hasta mayo de 1831, siendo honrado de un modo muy especial por su gefe don José Auguet, á quien sobraba de honradez lo que le faltaba de instrucción.

Destinado con satisfaccion suya al 6.º ligero, pasó á Barcelona, donde recibió orden de presentarse al conde de España, en virtud de haber sido envuelto en una causa formada contra un oficial llamado Zaldua, habilitado de su anterior cuerpo, 1.º ligero. Estuvo Zaratiegui algunas horas preso, y al ponerlo en libertad ordenó la sala de alcaldes de Casa y Corte se le diese una reparación honorífica.

Bien recibido por Llauder, virey entonces de Navarra, á su llegada á Pamplona, le concedió un mes de licencia para visitar á su familia, de cuyos brazos le arrancó la diputación de Navarra para que planteara la secretaría de la subinspección de voluntarios realistas, al tenor de lo acordado por las cortes de Navarra en 1828.

En 1832 se incorporó á su regimiento en Leon, destinado luego á formar parte del ejército de observación en la frontera de Portugal, al mando de Sarsfield. Necesitando el coronel don Cárlos Tolrá en virtud de una orden recibida del general en gefe, colocar un oficial esperto sobre la misma frontera para desempeñar una importante comision, eligió á Zaratiegui, quien se colocó en Saucelle con una partida hasta que se retiró de aquellas inmediaciones su regimiento.

II.

La violenta crisis en que puso á España la enfermedad de Fernando VII en setiembre de 1832, esa crisis que habia de decidir de los futuros destinos de la patria, comenzó á introducir radicales cambios en el orden de cosas establecido hasta entonces, y dió ocasion á que Zaratiegui, en cuyos principios políticos no se tenia grande confianza, quedase separado de su regimiento en marzo de 1833, hallándose á la sazón en Salamanca. Resuelto á volver á su país, pidió á Sarsfield pasaporte para Pamplona, y marchó á esperarlo á Zamora, donde residió unos dos meses, al cabo de los cuales recibió la contestación de acudir con su solicitud al capitán general de Castilla la Vieja, y se trasladó á Valladolid, donde le concedió Castroterreño el pasaporte. Una grave enfermedad le impidió marchar hasta últimos de junio, en cuya fecha, dando el postrer abrazo á don Santos Ladron, que estaba de cuartel en aquella capital, se encaminó á Pamplona á encargarse de la secretaría de la subinspección de voluntarios realistas, para la que le nombró la diputación de Navarra.

Puesta nuevamente en peligro su existencia dirigióse á Barcelona en cuanto se halló restablecido, á evacuar algunos encargos de la diputación relativos al equipo de los realistas. Llauder, capitán general entonces del Principado, creía ver en el viaje de Zara-

tiegui un fin político, máxime cuando ya andaban alarmados los ánimos, y no se ocultaban los aprestos que mutuamente hacían los partidos para lanzarse á la palestra. Mandóle llamar, le examinó, y no satisfecho de sus esplicaciones, aparentó estarlo, é hizo que le observaran todos sus pasos.

Desempeñando Zaratiegui su cometido, supo el 3 de octubre la muerte de Fernando. Un inmenso porvenir se presentó entonces á su vista; pero no estaba ese porvenir en Barcelona: le era enojosa su residencia, y nada mas fácil que conocer en su semblante la agitación de su espíritu, sentir en su pecho las palpitaciones de su corazón, y notar en su continuo estado de inquietud, su vehemente deseo en pisar los campos de su país nativo. Pero ¿cómo volver á Navarra sin dar el menor indicio de sospecha? La fuga era peligrosa, y al pedir su pasaporte se le negarian; se determinó, pues, á mortificar su impaciencia, y esperó. Pasaron seis días que se le hicieron mortales, y al fin, el 9 de octubre, arrojando por todo, se determinó á presentarse á Llauder para despedirse y reclamar su pasaporte: comenzaba á hablar con Llauder, cuando el ángel protector de Zaratiegui, hizo que entrase en la sala el obispo de aquella diócesis; y en tanto que el general le recibía, fingiendo Zaratiegui retirarse como por respeto á la persona de mayor gerarquía, descendió á la secretaría, y suponiendo el consentimiento de Llauder, pidió y obtuvo su pasaporte refrendado. Corre á la administración del correo, le presenta y á las dos horas (4 de la tarde) iba caminando hacia Lérida, libre ya de sus fundados temores. El 11 llegó á Zaragoza y una calesa le condujo aquel mismo día á Tudela de Navarra.

Las orillas del Ebro entre la Rioja y Navarra y las tres provincias vascas, eran ya teatro de la guerra fratricida en que tanta y tan preciosa sangre española se ha derramado; y al pisar Zaratiegui aquellos campos, tan pacíficos no hacia mucho, y retumbando ya en ellos los ecos de guerra, y reinando por do quiera el férreo rumor de las armas, se sobrecogió su espíritu y se dilató su corazón. La razon le presentaba el horrible cuadro de las desgracias de una lucha encarnizada, y su corazón le arrastraba á medir su espada en los combates, peleando en las filas á que le impelían sus compromisos y convicciones, de las que no nos incumbe ocuparnos.

Trasladado el 12 á Caparros, encontró al conde de Castejón alojado en casa de su amigo de la infancia don Fausto Joaquín Zaldueño. Castejón, despues de haber reunido algunos caballos y doscientos carabineros guardacostas, avanzó á tomar el paso del rio Aragon por el puente de Caparros. Esto era un misterio para Zaratiegui: nada sabia con certeza; y entre el vulgo corrían noticias tan exageradas como contradictorias. Un sargento, ex-realista de Navarra, y que iba entre los carabineros que acompañaban á Castejón, se ofreció á Zaratiegui con tres ó cuatro soldados, para ir en busca de don Santos Ladron, su antiguo general; pero antes de arreglarse, marchó la columna de Castejón á Tafalla. Sabedor entonces Zaratiegui de la batida de don Santos por Lorenzo, y de su prision, se llenó de sentimiento, asi como Zaldueño, pariente del prisionero. Se separaron con dolor, y marchó Zaratiegui á Pamplona; pues no habia contraído aun ningun compromiso, y llevaba ademas su pasaporte en regla.

La honda impresion que le causara la derrota y prision de don Santos, le hacían fluctuar entre encontrados temores, abismándole hasta el punto de que á nadie se atrevia á preguntar por él. Acercábase ya á Pamplona, cuando en uno de los puentes de la carretera se encontró trabajando al carpintero Javier Jáuregui, quien al ver á Zaratiegui se acercó á él bañado los ojos en lágrimas, y le dijo:

—¿No sabe vd. lo que pasa?

—No.

—Pues sepa vd. que ayer han fusilado á don Santos. La ciudad entera ha pasado de la consternación al mas grande furor; todos piden venganza, y la gente se va á los carlistas á bandadas.

Rindió entonces Zaratiegui el debido tributo á la amistad y á la gratitud, y disimulando su dolor, atravesó los puentes levadizos de la plaza, y llegó á su casa, que era la del célebre abogado don Angel Sagareta de Ilurdoz, síndico del reino.

En cuanto supo Zumalacárregui la llegada de Zaratiegui á Pamplona, le llamó por un billete que condujo su criada. Sagareta, que á la circunstancia de ser pariente de la esposa de aquel coronel, era prudente y previsor, se opuso á la visita, si no iba al menos á hacerla antes al general don Antonio Solá, que ejercía funciones de virey. Hizolo así, y al entrar de regreso de la casa de este en la de Zumalacárregui, le encontró en un estado peligroso de afección moral, por la impresion que le habia causado el fusilamiento de don Santos. Esta entrevista debe quedar consignada en la historia, porque tuvo lugar en ella un acto tan tierno como sublime que habia de ser de suma trascendencia para España. Solos y en una pequeña sala, sin mas consejeros que su corazón, y sin otro testigo que el Omnipotente, se abrazan los dos amigos: oprimen se el pecho con sus manos, y notándose en la cárdena hinchazón de sus venas y en la gruesa tirantez de sus músculos el enérgico entusiasmo de que se hallaban poseídos, juraron ante el Altísimo empuñar las armas en defensa de aquella causa por que derramaron su sangre quien era llamado por ellos el ilustre martir de la legitimidad.

Desde este momento no había otro porvenir para los dos amigos que el campo de batalla: pelear era su anhelo: la victoria su ilusión, y la vida solo les era grata por la lisonjera esperanza de inmolarla bajo los pendones de su causa. Ardiendo en tales deseos voló Zumalacárregui al combate, y á poco Zaratiegui, del modo que veremos.

III.

En Navarra, como en las demas provincias vascas, hay desparramados en el campo multitud de caserios, cuyas blancas paredes resaltan en aquella perenne verdura del suelo, como las flores en un jardín, ó como las estrellas en el firmamento. Toda esta población diseminada en las cumbres de las montañas, y en las márgenes de los ríos, está en alegre movimiento en los días festivos en que dan tregua á sus penosos labores, entregándose con tanto mas placer á ellas, cuanto mayor es el trabajo de sus tareas. Comenzaba á despuntar el alba de uno de los primeros domingos de noviembre del 33, y el tañer de las campanas llamaba á todos los caseros (1) á cumplir con el precepto religioso que imponía la festividad del día. Esta circunstancia hacia que se vieran mas frecuentados los caminos y las seis entradas de Pamplona, y se pudiera eludir mejor la investigadora vigilancia de los centinelas. Tenido esto en cuenta por Zaratiegui, salió de su casa envuelto en una capa; salvó una puerta de la ciudad, dirigiendo una maligna sonrisa al centinela, y como si fuera de paseo se encaminó hacia Arzúro, distante una hora de la población, montó allí en un caballo que de antemano le tenían dispuesto, y fué á Salinas de Oro, trasladándose el mismo día á Estella, é incorporándose á la mañana siguiente á un destacamento de caballería carlista, que al mando de don Venancio Urdian, llevaba orden del coronel don Francisco Iturralde, jefe de los carlistas de Navarra, de efectuar algunos arrestos. A poco se presentó Zaratiegui á Iturralde en Los-Arcos, siendo recibido como debía esperar de quien era su amigo desde 1822.

No obstante el afecto que Iturralde mostraba á su nuevo presentado, conocía este no ser aquel el jefe que convenia á la causa carlista; y tal modo de sentir confirmado con hechos posteriores le hicieron ver con extraordinaria alegría la vuelta de Zumalacárregui, ocupado en proporcionar auxilios para la guerra.

Se unió Zaratiegui con aquel caudillo para no separarse de él hasta la muerte, y así lo cumplió, á pesar de las escisiones entre Zumalacárregui é Iturralde, y de las ofertas que este y don Juan Echevarria le hicieron.

El prestigio y los no vulgares conocimientos de Zumalacárregui, no desconocidos de los carlistas, le elevaron al mando. Eligió á Zaratiegui por su ayudante general, con especial encargo de redactar los partes, órdenes, proclamas y toda la correspondencia, sin ningun otro interventor, lo cual motivaba aquella profunda reserva con que Zumalacárregui ejecutaba todas sus operaciones. Y no se limitaba á componer las arengas, sino que el mismo ayudante, montado en su brioso alazan, las leía al frente de los batallones, produciendo siempre el ardiente entusiasmo, que solo podía inspirar quien siendo hijo del país como él, supiera el lenguaje al alcance de los naturales, sus costumbres, é identificándose con sus mismos sentimientos se apoderara de ellos para acomodarlos á los suyos y convencerlos.

IV.

Ocupémonos ahora de los hechos de armas en que ya comenzó á figurar nuestro personaje; y siguiéndole en su vida militar durante la pasada guerra, le veremos efectuar un importante movimiento descendiendo del puerto de Eraul y cayendo sobre la retaguardia de la division de Carondelet, al tiempo mismo que su vanguardia era atacada en las peñas de San Fausto. Inseparable de Zumalacárregui, participaba de todos los actos de este guerrero; y las veces que acometió solo alguna arriesgada empresa, se vió lisongeado por el mas feliz éxito. Cuéntase entre otras, el ataque brusco, el 22 de abril de 1833 á la retaguardia del ejército de Valdés, cuando se retiraba este general en el mismo día á Estella, que constituyó una de las victorias mas memorables que obtuvieron las tropas carlistas.

Tales servicios, sin embargo, no los utilizaba Zaratiegui en su carrera. Prescindiendo de la honorífica mención que hizo su jefe en el parte, únicamente se sirvió de la influencia que ejercía sobre aquel, para hacer recayeran los ascensos y distinciones en los que mas le habían ayudado. Zaratiegui se hallaba en la misma clase y grado que cuando comenzó á estar al lado de Zumalacárregui. Trataba este de sorprenderle con el ascenso de brigadier, que privadamente había pedido á don Carlos, y aunque convino este en lo justo de la petición, las intrigas que puso en juego la envidia de algunas personas que nos abstenemos de nombrar, retardaron el cumplimiento y murió en tanto Zumalacárregui sin obtener la única gracia que decia había pedido como un deber de conciencia. Evidente era el disgusto con que muchos cortesinos miraban á Zumalacárregui, que no le perdonaban sus conti-
nuas y enérgicas representaciones por escrito sobre

todos los abusos que se cometían, y como era Zaratiegui el redactor de ellas, se le tenía la misma prevención que á su malogrado jefe.

Pasó Zaratiegui á las órdenes del segundo comandante general don Francisco Benito Eraso, quien necesitaba de sus conocimientos, y porque era la clave de todo el sistema y proyectos del anterior jefe; razón por la cual fué llamado á asistir á una junta de generales celebrada en Bolueta, arrabal de Bilbao, compuesta de los tenientes generales conde de Villemur, Gonzalez Moreno, Maroto y Eraso, en cuya reunion fueron debidamente apreciados los conocimientos de Zaratiegui.

Siguió este con Eraso, hallándose de general en jefe Moreno, quien dejó tristes recuerdos á la causa carlista siendo el mas notable la pérdida de la célebre batalla de Mendigorria, en que se malogró en un instante el fruto de cien combates. Pudo quizá, si no evitarse, disminuir la derrota, no desechando algunas indicaciones que desde Obanos propuso Eraso, escitado por Zaratiegui, llegando al extremo, como dice él mismo, de no contestar Moreno á tres mensajeros con los que se pedía un lugar en la batalla para tres batallones.

Nombrado luego Zaratiegui ayudante general del E. M. de Moreno, le propuso este en octubre de 1833, á la cabeza de cinco coroneles mas antiguos, para el empleo de brigadier.

No era Moreno el jefe que necesitaban las tropas carlistas: reemplazóle Eguia, organizó el ejército y colocó á nuestro nuevo brigadier de jefe de E. M. de la division de Castilla, jefe luego de la primera brigada de Navarra, y á los cuatro meses comandante general del Arga, punto destinado á defender de las incursiones enemigas al país situado sobre la derecha del río Arga, cuyo punto central era Estella.

Aquí comienza una nueva época para el joven brigadier, que se hallaba de jefe, en cierto modo independiente, de respetables fuerzas, y tenía que obrar y habérselas con temibles contrarios, de los que era entonces el principal el valiente general Iribarren que con 1200 infantes y 600 caballos tenía la misión de conservar la línea que partiendo desde Lodosa y abrazando las fortificaciones y puntos fortificados de Lerin, Lárraga y Puente la Reina, unía el Ebro con la importante plaza de Pamplona.

V.

Mal se podrian comprender las primeras operaciones del comandante general del Arga, si no pasáramos una rápida ojeada por las del jefe liberal.

Nada tan importante á un militar como el conocimiento del terreno donde ha de obrar, y el ser Iribarren hijo del país en que operaba, garantía el éxito de sus operaciones y aumentaba los quilates de su sobresaliente reputación, y por consecuencia el temor de sus enemigos. Tenia Iribarren asegurada la comunicación de todos los convoyes y correos que pasaban del Ebro á Pamplona y vice versa; no osaban los carlistas traspasar la derecha del Arga y la línea que marcaban las montañas, defendida por bastantes puntos fuertes en que se apoyaban los liberales, cuya caballería era tan brillante como disciplinada, y nadie impedía á Iribarren introducirse por sorpresa en algunos de los pueblos de la dominación carlista, en especialidad en los situados á las faldas del Montejurra, en los cuales hacia exacciones de granos que obligaba á conducir á sus fuertes. Inútil era la actividad de los jefes que tenían á sus órdenes 500 infantes y 300 caballos carlistas destinados á contener estas correrías; el acierto de Iribarren les burlaba, obligándoles á ser meros espectadores del convoy que ya tenía salvado. Zaratiegui, sin embargo, varió completamente estos sucesos, y merced á lo acertado de sus disposiciones y á su no menos exacta ejecución, sucedió por dos veces encontrarse Iribarren con el jefe carlista dentro de los pueblos que trataba de sorprender, teniendo que retirarse burlado, y desistir totalmente de sus correrías.

Comenzó tambien Zaratiegui á valerse de medios estratégicos, y al anocheecer de un día del mes de junio y en medio de una fuerte tempestad, hizo que se aprestasen cuarenta hombres con un oficial de confianza, mandándolos marchar toda aquella oscura noche, en que solo podían vislumbrar su ruta al fulgor de los relámpagos que acompañados de horribles detonaciones se sucedían unos á otros. Llevaban la dirección de Calahorra y el encargo de apoderarse de una pequeña isla que allí forma el Ebro para sorprender en ella el destacamento que todas las mañanas iba allí desde Calahorra á apacentar sus caballos convalecientes. Los treinta y seis que acudieron quedaron en poder de los carlistas. Este suceso dió importancia á Zaratiegui: de la defensiva pasaba á la ofensiva, y mostraba ademas audacia.

La necesidad que habia en el campo carlista de un jefe joven que sin ser temerario fuera valiente y uniera la prudencia á la franqueza, dió el mando á Villarreal, quien propuso á Zaratiegui para primer comandante general de Navarra, cargo que desempeñaba don Francisco García, sostenido mas bien por la corte que por su actitud; mas siendo preciso conceder algo á Villarreal, fué nombrado Zaratiegui segundo comandante general de Navarra, y único encargado de la organización de los batallones de esta provincia.

Disponíase la expedición de Gomez, y para llamar sobre las provincias las fuerzas liberales, se mandó á

Zaratiegui marchar con cuatro batallones á Vizcaya, lo que ejecutó, acantonándose en Llodio y Areta con encargo de observar á los enemigos que por aquella parte pudiesen acudir al socorro de Bilbao, cuyo sitio se resolvió en noviembre de 1836, y en el cual tomó una parte activa en todos los trabajos, la division de Zaratiegui, puesta á las inmediatas órdenes del conde de Casa-Eguia á quien se encomendó el mando y la dirección de una empresa tan desventurada siempre para la causa carlista.

De regreso Zaratiegui en Navarra, se encargó del mando de las tropas por enfermedad del general García, y á pesar de su corto número, se resolvió á ejecutar un proyecto de los mas audaces que tuvieron lugar en la pasada lucha. Veamos como nos lo ha contado él mismo y lo refieren sus soldados.

La villa de Lárraga, situada sobre la orilla derecha del Arga, y poblada por 2,000 habitantes, tenía una guarnición de 500 hombres, recinto aspillero y dos fuertes para su defensa: defendía el uno el hermoso puente de piedra que hay sobre el Arga, y dominaba el otro la villa. Fundado este sobre una especie de promontorio que se eleva á orillas del río y al que los naturales llaman la Corona, porque corona en verdad á la población, era el principal baluarte y el que inspiraba suma confianza á la guarnición. Sabido Zaratiegui, y en una noche lóbrega, encubridora siempre de las sorpresas, se dirigió con un batallón hacia Lárraga. Llegó al pueblo de Andia distante tres cuartos de hora, eligió cuarenta soldados, hijos del mismo Lárraga, y al comunicarles la idea de escalar el fuerte de la Corona, se sorprendieron de la proposición de tamaña empresa; mirábase atónitos, y alentándose al oír las razones de su jefe, se proveyeron de hachas, cuerdas y escalas, partiéndose intrépidos bajo el mando de un oficial llamado Goñi, hijo tambien de Lárraga. Trepan la escabrosa montaña por la parte que mira al río; escalan la muralla, y sin dar lugar á que los centinelas cargaran las armas que dispararon sobre los invasores, se hicieron dueños de toda la guarnición que consistía en treinta y ocho soldados y algunos artilleros; y los primeros rayos del alba alumbraron al pendon carlista que ondeaba en los muros de la Corona.

Tal enseña y la artillería destruida fué lo único que quedó en el fuerte, que, imposible de conservar, lo abandonaron los carlistas, llevando buen botín de víveres y municiones, y la guarnición prisionera. Sabe-dor luego Iribarren de este suceso, apenas le podía dar crédito.

VI.

Al comenzar la primavera de 1837, presentaba la guerra un aspecto terrible. Dispúsose entonces aquella vasta combinación, en virtud de la cual debían salir simultáneamente tres gruesas columnas de Bilbao, San Sebastian y Pamplona á los respectivos mandos de Espartero, Evans y Sarsfield, é invadir el territorio dominado por los carlistas. Zaratiegui con solo cinco batallones tenía que hacer frente en Navarra á las fuerzas concentradas de Pamplona; fuerzas que ascendían á diez mil seiscientos infantes y la correspondiente caballería; y ya fuese por lo acertado de sus medidas, ya por la disposición del terreno, hostilizó tres días á tan grande masa, mandada por Iribarren en ausencia de Sarsfield, la vió retirarse á Pamplona, la cogió trescientos prisioneros, cortó comunicaciones, interceptó correspondencias y aprehendió los ganados que pastaban á los bordes de los fosos de la población. Tales triunfos fueron alcanzados en los días 19, 20 y 21 de marzo: debió á ellos la fama de entendido y valiente, incluso el empleo de mariscal de campo, á pesar del empeño con que sus émulos se le disputaban.

La gota, que imposibilitaba al general García tomar una parte activa en las operaciones militares, proporcionaba á Zaratiegui satisfacer sus vehementes deseos de ser útil á su causa, adquiriendo nuevos triunfos en el campo de batalla.

La llamada expedición real ostentándose victoriosa en Huesca continuaba impávida atravesando la España, y amenazaba con algun golpe de trascendencia. Pasa Espartero la línea de Andoain forzándola, á fin de dirigirse por el camino mas corto á Pamplona para acudir á hacer frente á la expedición, entra en Lecumberri que acaba de evacuar Zaratiegui, y vé con asombro que con unos mil hombres que el jefe carlista mandaba únicamente, toman posición en una eminencia que se halla sobre el camino real que dirige á las Dos Hermanas, donde existía una guarnición, á la que apoyaba Zaratiegui su retirada.

Adelantándose solos de sus tropas ambos generales, se miraron largo rato á corta distancia sin conocerse. En este intermedio se encontraba el alcalde de Lecumberri despidiéndose del uno para recibir al otro. Preguntándole Espartero quién era el carlista que tenía á su vista, añadió cuando lo supo: «Bien pudiera haberse esperado un poco para darnos las manos antes de separarnos.» Informado de las fuerzas que mandaba, continuó diciéndole al alcalde: «¿Y acaso con esa gente intenta hacerme frente? Parece imposible.»

Marcha Espartero con sus veinte y dos batallones: ataca la posición carlista, y comienza uno de esos choques tan desiguales y tan generales por una y otra parte en la pasada guerra. Zaratiegui quería detener á su adversario algunas horas á fin de que no llegara aquel día á Pamplona, dando así tiempo á la llegada

(1) Así se llama en las Provincias á los habitantes de los caserios.

de los socorros que debían conducir Uranga y los brigadieres Iturriza y Vargas. Consiguieron el carlista su objeto; llegó Uranga, aunque solo con una parte del tercer batallón de Navarra, mas cuidándose poco Espartero de los fuegos de flanco con que le molestaban, entró en Pamplona perdiendo alguna gente en el camino. Descendió Espartero el Ebro, yéndose á acantonar en Calatayud en las riberas del Xiloca: Zaratiegui deseaba seguirle; al efecto dispuso de acuerdo con Uranga la expedición que llevó su nombre, en la cual le vamos á acompañar con la misma imparcialidad que creemos haber observado hasta ahora sin dejar de referir, aunque de un modo breve, el menor acontecimiento de una expedición, que, como cuanto se refiere á la pasada lucha, es tan desconocido como importante.

A. PIRALA.

APUNTES DESCRIPTIVOS E HISTÓRICOS

DE UN VIAGE

DE MADRID Á LA RIOJA.

Artículo 4.º

Contornos de Ávalos.

Descritos ya el lugar de nuestra morada en Ávalos, el pueblo mismo y su iglesia en los artículos anteriores, resta solo que presentemos en este los objetos ya pintorescos ó de contemplación filosófica que á su alrededor se ofrecen. Los contornos son para la aldea lo que los paseos y jardines para las ciudades soberbias. En estas se admira la mano del hombre y su civilización presente. Contéplase en aquellas los espectáculos de la naturaleza ó las destrucciones del tiempo. Así que pueden dividirse los objetos que estos alrededores presentan en naturales y religiosos, en la belleza del paisaje y en las impresiones que inspiran ciertos recuerdos venerables.

Pertenece á los primeros el paseo que conduce á un paraje no muy distante de este pueblo llamado *Chulato*, y á cuyo sitio se desciende para encontrar un vallecito profundo, todo alfombrado de pámpanos, sobre los que se elevan algunos cerbales pomposos que el vulgo llama *zurbales*, y á cuyo pie, no tampoco muy lejano, se deja oír el continuado ruido de una humilde y cristalina fuente. Luego que á esta se llega, miranse sobre la derecha montes y colinas en ramificación variada, y sobresalen entre ellas el *Rivaguda* con su pico cónico y sus formas volcánicas, y sobre los cortes que hacen otras eminencias que á la propia ramificación pertenecen, el castillo de *Davalillos*, perpétua centinela de aquellos amenos y variados campos. Era la tarde del 3 de octubre del pasado año cuando allí estuvimos. Un cielo azul y transparente formaba la grandiosa bóveda que á este sitio cubriera. La pureza de la atmósfera y su limpieza de vapores es por aquí en este mes de las mas notables, y su transparencia tanta, que parece que refleja el azul brillante del espacio como la clara linfa de un grandioso y sosegado río ante los rayos del sol que la purifican y abrigantan. Nuestro pecho, olvidando ante su libertad y belleza la estrechez de los cuartos de esta coronada villa, ó la angostura de la cámara y el buque que de América nos habia conducido, respiraba allí con cierto placer, y recordando hoy la amistad que nos cercaba, el cielo que nos cubría y la fuente que sin cesar destilaba los hilos continuos de su plata, podemos decir con Garcilaso:

En aquel prado, allí nos reclinamos
Y del céfiro fresco recogiendo
El agradable espíritu respiramos.
Las flores á los ojos ofreciendo
Diversidad estraña de pintura,
Diversamente así estaban oliendo;
Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Qué como de cristal resplandecía
Mostrando abiertamente su hondura.

Pertenece á los segundos el aspecto venerable que presentan las ermitas de San Juan, Santa Rosa, San Félix, Santa María de la Peciña y otras que alrededor de este pueblo se observan. Desgraciadamente las dos primeras están ya convertidas en ruinas; pero esto mismo infunde cierta tristeza é imprime en el ánimo pensador un motivo mas para su contemplación y estudio. Está situada la primera al Norte de la población, en lo mas empinado de la Sonsierra que por esta parte sirve de antemural al pueblo. Aquí detrás de un gran peñasco y en un corto, pero despejado llano que á su abrigo aparece, se asientan hoy los muros quemados de este santuario.

Su iglesia por lo que vimos de sus arruinadas paredes era bastante capáz, y á ella estaba unida una hospedería para los romeros que de varias partes concurrían á este templo para orar, y para bailar y comer despues, sobre aquellas alturas. Una capellanía fundada á principios del siglo XVIII por el arcediano de Badajoz don Juan Ramirez de la Piscina, hijo de este pueblo, le ofrecía las pingües rentas con que se sostenían dos ermitaños y un capellan, hasta que la guerra y sus desdichas la dejaron en el triste estado en que hoy se encuentra.

Esta sita tambien la segunda llamada San Juan sobre un monte prominente, y grandemente con-torneado y aislado por todas partes sobre la propia dirección del Norte. Su pequeña iglesia destejada por los cierzos y ya casi arruinada, nos parecia siempre á lo lejos como una arca allí sobrepuesta, por el contraste que forma la blancura de sus lien-zos con el color arenoso de su pedestal estéril y elevado. Pero admiremos como los antiguos sacaban partido de sus ideas religiosas y hasta de sus preocupaciones sociales para la conservación de los montes. «Era propia esta ermita (escribe don Martin Fernandez de Navarrete en una memoria que inédita hemos visto) de una compañía destinada á cuidar de los montes y del campo, y sus individuos para entrar en ella tenían que hacer pruebas de nobleza de los cuatro costados y aun de su muger si se casaban, para lo cual tenían sus ordenanzas que en 1383 aprobó la condesa do Osorno estando en Santo Domingo de la Calzada. En la misma ermita celebraban sus juntas, y las dos festividades de nati-vidad y la degollación de San Juan Bautista; concurriendo á las vísperas y misa de la segunda, formados en compañía con escopetas al hombro, bandera desplegada y tambor batiente, y en la tarde de la misma festividad salían al puente de *Zarazel*, donde el alférez ó gefe de la compañía se quitaba un zapato que colgado en el terreno que está al frente servia de blanco, al que tiraban balazos los ballesteros; costum-bre muy singular y que continuó hasta los años de 1780 (1).» Nosotros tuvimos interés en ver esta bandera que existe todavía en casa de nuestro amigo, y al contemplar la tan guardada y arrollada, en vano nos pusimos á recordar sobre sus pliegues las brisas que la ha-rían ondular otras veces, como enseña ó guion de las instituciones ya muertas.

Habia tambien entre esta ermita y la de la *Rosa* otra llamada de San Antonio, cuyos restos toda-vía se descubren caminando hácia la segunda. Fun-dóse en pasados dias para que oyeran misa allí los arrieros que venían de la parte de Laguardia á pasar los puertos de Peñacerrada, y sus escombros atestiguan como pasan los siglos, y con ellos los pensa-mientos y las ideas que los preceden y dominan.

No nos ocuparemos aquí de las de *San Felix* ni de la de Santa María de la *Piscina*, porque de ellas han hablado ya estas propias páginas en la *Semana* del 20 de mayo de este año; y seguiremos por lo tanto para concluir, á la descripción del humilde pueblecito que ha dado el nombre á la última, llamado al presente *Peciña*. Su distancia del pueblo de Ávalos es el de un paseo regular, que hicimos mas de una vez á pie con nuestro querido amigo. El camino que hoy parte de Ávalos para este pueblo toca tan cerca de la ermita de Santa María, que su continuo tránsito va como socavando los cimientos de un ángulo de su cuadro. Desde el santuario á *Peciña* se pasa por un angosto, áspero y pedregoso camino, cuando no por lomas y bajadas, tapizadas hoy del tomillo y espliego, como otras veces las cubrieran los bosques de encinos y ro-merales que hacían mas venerable y misterioso el lugar donde se alzó dicho templo. Pero dejando ya á este bastante bien á la espalda, llegase al fin á la in-mediación de *Peciña*, y una cuesta algo pesada con-duce á sus primeras casas las que aparecen en su reu-nión como un nido pegado á la altura mayor donde se eleva la iglesia. Ya dentro de sus silenciosas calles se ve á algún que otro habitante que asoma su cabeza por puertas ó ventanas que se desploman, y mas de una vez se advierte entre sus escombros el repetido escudo de armas del apellido de Ramirez, con la jarra y su ramo de azucenas. Aquí en efecto fué el primitivo solar de esta familia que tanto se multiplicó despues por Ávalos, San Vicente y casi toda la Rioja central; y entre los restos de sus calles discurríamos, cuando nos entramos en una de esas casas que mas recuerdos inspi-ran por su portada feudal. Pues bien: al pie de su escalera nos encontramos una pobre muger vestida de un burdo sayal, pero no menos aristocrática respecto á su apellido y linaje. Ella al punto nos habló del que su nombre llevaba, y casi creímos que entre aquellas rui-nas y entre aquella soledad y miseria no se acordaba de sus necesidades, para solo pensar (al menos por aquellos momentos) en su escudo, en la jarra, y en su ramo de azucenas. Ella, pues, nos recordó estos versos de las coplas de Jorge Manrique:

Pues la sangre de los godos
El linaje y la nobleza
Tan crecida,
¡Por cuantas vías y modas
Se sume su grande alteza
En esta vida!
Unos por poco valer
Por cuan bajos y abatidos
Que los tienen,
Otros que por no tener
En oficios no debidos
Se mantienen.

Estando en esta casa se nos acercó otra buena mu-ger de moño alto, sayas á la cintura y desaliñada por demas, ponderándonos la iglesia que de allí estaba cerca con los altares preciosos que en su interior ha-bía. Ella mostraba en sus manos la llave que nos de-bía facilitar su entrada, y esto nos hace el revelar

(1) Este vocablo de *ballesteros* manifiesta la antigüedad del origen de esta institución.

aquí, que á su carácter de vecina de Peciña, unia á la vez el de alcaldesa y de sacristana tambien. Nuestros lectores no se admiren de esta acumulacion de po-de-res en una persona tan lega: esto manifiesta solo á lo que ha venido á parar el ilustre solar de los Ramirez; que su marido estaba trabajando por aquellos cam-pos; que el cura habia pocos dias que se habia ido de ali por no imitar tanto el ayuno de Jesucristo; y que ella era en todos estos casos la natural y legítima re-presentante de deberes tan distintivos. Acompañados, pues, de esta *jueza de paz*, subimos una escalinata que conduce á la elevada puerta de la iglesia, y antes de entrar en su recinto no pudimos menos que deleitar la vista sobre el panorama dilatado que desde este sitio como sobre un balcón se alcanza. Mas entramos al fin en la iglesia ya hoy cerrada, y cuyo culto lo han abandonado los beneficiados de Haro pretestando la falta de sus diezmos, aunque no la olvidan para enviar á sus feligreses las velas que vimos sobre sus altares, á fin de que les retribuyan por ellas algun dinero. El alcalde y la alcaldesa disientan en esto de pagar un cura. El primero en vista sin duda de los deseos de su muger, habia propuesto un tanto para cubrir esta obligacion religiosa, si bien dijo no subia mas de lo que proponia, por considerar mas útil al pueblo el sostener la *dula*, que es la ocupacion de quien se en-carga de recoger los animales de los vecinos para te-nerlos paciando por los campos. La muger sin em-bargo se inclinaba mas á favor del pastoreo de las al-mas y nos rogaba con interés (sabiendo que éra-mos de Madrid) el que pidiésemos á la reina les en-viasen un cura, súplica que era sincera, en quienes para cumplir con el precepto, tienen hoy que andar cerca de una legua entre las lluvias y las nieves del invierno, para oír cuando pueden la misa en el pueblo de Ávalos.

A la vuelta hácia este punto nos acompañó otro vecino, no menos digno que los anteriores, del esta-do y la grandeza que hoy alcanzan los restos de Peci-ña. Tenia este el oficio de *cetrero* en la iglesia y pue-blo inmediato de San Vicente y envidiaba á su herma-no que era de allí beneficiado, segun nos dijo, las muchas pesetas que por los entierros tomaba. El, por lo tanto era ya un buen pretendiente de cura; estu-diaba la moral para ello, y ponía toda su felicidad, por lo que le oímos, en la mortandad de todos los que no somos curas, pero somos si cristianos mortales. Nos siguió este hasta Ávalos con un sombrero apuntado á lo Felipe II con solo la falta de la pluma, y luego que nos dejó, echó á correr hácia su Peciña, si no con toda la gravedad de un obispo, con la velocidad al menos de un buen peaton en tiempo de guerra. ¡Cómo serán por allí ciertos curas ante los sentimientos y las ideas de semejantes aprendices!

MIGUEL RODRIGUEZ-FERRER.

MOSAICO.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 7 de octubre.—Año de 1808. Los franceses que guarnecían á Yelbes se ven precisados á encerrarse en el fuerte de la Lipe, asediados por el general español Arce.—1810. Don Pedro Villacampa ataca á los fran-ceses en Andorra y les toma 240 prisioneros y 8,000 cabezas de ganado, dejándoles ademas 130 muertos en el campo de batalla.

DIA 8.—Toma del castillo de San Sebastian por el ejército anglo-hispano-lusitano.

DIA 9.—1812. El ejército francés, despues de haber socorrido la plaza de Santoña, abandona á Bilbao, donde inmediatamente se celebraron festejos y pro-clamó la constitucion.

DIA 10.—1809. Sitio de Girona. El general don Jaime Garcia Conde introduce un convoy en la plaza des-pues de haber derrotado la division francesa que esta-ba en Sott. En esta accion murió el general francés Hadeln, á quien mató un miguelete con su propia es-pada, clavaron tres cañones de los sitiadores y fue-ron estos perseguidos hasta Sarriá.

DIA 11.—1812. Entran las tropas aliadas en Burgo en medio de las mayores aclamaciones, y en la noche siguiente se apoderan del castillo á que se habia acor-gido la guarnicion francesa, que sin embargo tuvo lu-gar de fugarse.

DIA 12.—1837. Apoderado Zaratiegui del pueblo de Lerma, la guarnicion que se habia retirado al fuerte capitula en la tarde de este dia, sin embargo de com-ponerse de mas de mil hombres y tener estos todo lo necesario para su defensa.

DIA 13.—Accion de Ovanos, ganada por los carlistas y en la cual fué herido el general Alaix.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior

A VECES QUEDA SOBRE SU CONTRARIO AQUEL QUE MENOS VALOR TIENE.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 6.